

Índice

Volverse Palestina	9
I. La agonía de las cosas	15
II. El llamado palestino	37
III. Palestina en pedazos	57
Volvemos otros	109

Tercera edición: febrero de 2016

© 2014, Lina Meruane

c/o Agencia Literaria CBQ, S. L., info@agencialiterariacbq.com

© 2014, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U. (Chile)

© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-397-3051-4

Depósito legal: B-7059-2015

Impreso en BookPrint Digital, S. A.

RH30514

VOLVERSE PALESTINA

*A mi padre, que se niega a regresar
A mis amigos A y Z, que se niegan a partir*

El destino de los palestinos ha sido, de algún modo,
no terminar donde empezaron sino en algún lugar
inesperado y lejano.

EDWARD SAID

I. La agonía de las cosas

volveres prestados

Regresar. Ese es el verbo que me asalta cada vez que pienso en la posibilidad de Palestina. Me digo: no sería un volver sino apenas un visitar una tierra en la que nunca estuve, de la que no tengo ni una sola imagen propia. Lo palestino ha sido siempre para mí un rumor de fondo, un relato al que se acude para salvar de la extinción un origen compartido. No sería un regreso mío. Sería un regreso prestado, un volver en el lugar de otro. De mi abuelo. De mi padre. Pero mi padre no ha querido poner pie en esos territorios ocupados. Solo se ha acercado a la frontera. Una vez, desde El Cairo, dirigió sus ojos ya viejos hacia el este y los sostuvo un momento en el punto lejano donde podría ubicarse Palestina. Soplaban el viento, se levantaba un arenal de película y pasaban junto a él centenares de turistas de predecibles zapatillas y pantalones cortos y mochilas, turistas estrangulados por sus cámaras japonesas, las manos sudorosas llenas de paquetes. Turistas rodeados de guías y de intérpretes a los que no prestaban atención. Mi padre asomó la cabeza entre ellos. Extendió la mirada hacia ese pedacito de Palestina pegado al borde de Egipto, esa Palestina que se sentía distante y distinta a la idea que él tenía de Beit Jala. Esa era la Gaza cercada, acosada, musulmana y ajena. Estuvo, otra vez, mi padre, en el borde

de Jordania; su vista pudo abarcar el desierto que atravesaba la frontera. Habría sido cosa de acercarse al cruce pero sus grandes pies permanecieron hundidos en la arena escurridiza de la indecisión. Viendo una oportunidad en la duda mi madre señaló, a lo lejos, su pequeño índice estirado y tieso, el extenso valle del río Jordán que se desprendía del monte Nebo, todas las aguas apuradas que la religión cristiana da por benditas, e insistió en pasar a Cisjordania. Tenemos que ir, le dijo con urgencia, como si fuera ella la palestina. Después de tantos años juntos así había llegado a sentirse mi madre, otra voz en ese clan rumoroso. Pero mi padre se dio la vuelta y caminó en dirección opuesta. No iba a someterse a la espera arbitraria, a la meticulosa revisión de su maleta, al abusivo interrogatorio de la frontera israelí y de sucesivos puestos de control. No iba a exponerse a ser tratado con sospecha. A ser llamado extranjero en una tierra que considera suya, porque ahí sigue, todavía invicta, la casa de su padre. Ahí, del otro lado, se encuentra esa herencia de la que nadie nunca hizo posesión efectiva. Quizás le espante la posibilidad de llegar a esa casa sin tener la llave, tocar la puerta de ese hogar vaciado de lo propio y lleno de desconocidos. Debe espantarle recorrer las calles que pudieron ser, si solo las cosas hubieran sido de otro modo, su patio de juegos. El martirio de encontrar, en el horizonte antes despejado de esas callejuelas, las pareadas viviendas de los colonos. Los asentamientos y sus cámaras de vigilancia. Los militares enfundados en sus botas y sus trajes verdes, sus largos rifles. Los alambres de púas y los escombros. Troncos de añosos

olivos rebanados a ras de suelo o convertidos en muñones. O quizás es que cruzar la frontera significaría para él traicionar a su padre, que sí intentó volver. Volver una vez, en vano. La guerra de los Seis Días le impidió ese viaje. Se quedó con los pasajes comprados, con la maleta llena de regalos y la amargura de la desastrosa derrota que significó la anexión de más territorios palestinos. Esa guerra duró apenas una semana, pero el conflicto seguía su curso infatigable cuando murió mi abuela: la única compañera posible de su retorno. Esa pérdida lo lanzó a una vejez repentina e irreparable. Sin vuelta atrás. Como la vida de tantos palestinos que ya no pudieron o no quisieron regresar, que olvidaron incluso la palabra árabe del regreso; palestinos que llegaron a sentirse, como mis abuelos, chilenos comunes y corrientes. Los cuerpos de ambos están ahora en un mausoleo santiaguino al que yo no he vuelto desde el último entierro. Me pregunto si alguien habrá ido a visitarlos en estos últimos treinta años. Sospecho que no. Sospecho incluso, pero no pregunto, que nadie sabría decirme en qué lugar del cementerio están sus lápidas.

traducción definitiva

¿Con qué nombre se los despidió? ¿Con el Salvador del castellano o con el Isa árabe que significa Jesús? ¿Con el Milade o el María? Mi madre da un respingo en su silla y yo doy otro al escuchar por primera vez esos nombres: los de la lengua perdida. Mi padre se remueve en su asiento intentando recordar cuáles de ellos se tallaron en las piedras.

falsa pista de un apellido

Empiezo por escribir la palabra Meruane. Oprimo la lupa que inicia la búsqueda en una base de datos. El único resultado que me devuelve la pantalla es un artículo publicado en una revista británica. «Sahara en 1915»: así se titula. Echo a andar la máquina de la imaginación. Un Meruane explorador-de-cantimplora en el desierto. Un Meruane negro trasladado a Palestina (pasan por mi memoria las fotografías de mi padre treintañero, su pelo corto de pequeños rizos, grandes anteojos oscuros cubriendo su piel asoleada, labios anchos como los míos). El eslabón perdido de África en mi sangre, pienso. Pero las fechas no cuadran: alrededor de 1915 fue que mi abuelo emigró a Chile desde Levante. Me sumerjo de todos modos en la lectura y me enredo en datos de una topografía interrumpida y destrozada por la construcción de una vía ferroviaria. Se citan seis oasis argelinos y cauces de ríos deshidratados, trozos desolados de desierto, trechos de costra salmuera. Líneas más abajo aparece, por fin, la palabra. Meruane: otro lago salado y seco que nunca tuvo importancia y ha sido completamente borrado del mapa.

recapitular

La recapitulación del pasado se ha vuelto dudosa incluso para mi padre. No le contaron suficiente o no prestó atención o lo que le llegó era material demasiado

reciclado. Delega a menudo el relato en las hermanas que le quedan. Seguro tus tías saben, dice él deshaciéndose de mis preguntas, seguramente sabrán más que yo, repite, empujándome un poco más lejos con esa frase porque teme que también en sus hermanas el tiempo haya sembrado sus olvidos. Invariablemente mi tía-la-primogénita se defiende diciendo, cuando le pregunto cualquier detalle: ¿Cómo tu papá no te ha contado? Mi padre se encoge de hombros desde el otro extremo de la mesa. ¿Y no lees la revista *Al Damir*?, sigue la misma tía, la más memoriosa. Me obliga a recordarle que hace años me fui de Chile y no tengo acceso a esa publicación. ¿Y tu papá por qué no te la manda? Soy yo la que se encoge ahora. Hay una acusación de indiferencia en el aire. Una acusación que cae sobre mí y sobre mi padre aunque él mantiene, como muchos paisanos de esa generación, un vínculo solidario con Beit Jala del que jamás hace alarde. Ayudas monetarias que sumadas sostienen, allá, un colegio llamado Chile. Una plaza llamada Chile. Unos niños, palestinos de verdad, si acaso la verdad de lo palestino todavía existe.

superstición musulmana

Esa es una superstición islámica, me dice Asma cuando llego a conocerla en Nueva York y le cuento esta parte chilena de nuestra historia palestina. ¿Qué es?, pregunto confundida, levantando la voz porque ha aumentado la bulla alrededor. Eso de no declarar lo que se hace por

caridad es una creencia muy arraigada en el mundo musulmán, responde. El hecho debe permanecer en secreto o pierde su gracia. Pero mi padre no es musulmán, le digo a Asma, que sí lo es. No lo será, pero tu padre tiene una superstición islámica, insiste ella; como mi marido, agrega: él que también es cristiano está lleno de nuestras supersticiones.

letras que nadie ha visto

Otra tarde, en algún regreso mío a Chile, le propongo a mi padre empezar a retroceder. Refrescar esos lugares que se nos han ido secando. Lugares, esos, de los que nos fuimos yendo sin volver la vista atrás. Él, como antes sus padres la Beit Jala natal, abandonó hace mucho la pequeña ciudad-de-provincia donde nació. Y yo, como ellos, me he ido moviendo: he tenido distintas direcciones. Alguna vez intenté volver a la casa santiaguina donde crecí. Bajo el mismo techo, aunque ya sin las paredes divisorias, se alojaba una tienda de alfombras persas. En medio de la más absoluta desorientación fui levantando uno por uno los bordes de las alfombras hasta que encontré una señal inequívoca del lugar donde estuvo mi cama: la herida que una de las patas de hierro había ido abriendo en el parquet a lo largo de los años. Ya no estaba la muralla de la que había que separar la cama cada mañana, para hacerla. Pero tampoco esa tienda existe más, ni existen las casas vecinas, ni los árboles, ni las rejas que solían delimitarlas. Más de una vez buscando mi

casa pasé de largo. Que regresemos a la suya, entonces, a su vieja casa todavía en pie, le digo a mi padre, para desempolvarla, para parchar nosotros nuestro recuerdo. Le digo que de esa casa-de-provincia guardo apenas la imagen de una franja de tierra cultivada en el jardín trasero y de un gallinero de rejas oxidadas, al fondo, ya sin gallinas, el suelo regado todavía de plumas y maíz. Guardo el ruido de una llave de agua corriendo. Un patio interior de naranjos, también eso conservo. Y el suelo de azulejos de un largo corredor. Un piano negro que nunca oí tocar y que ahora yace silencioso en la sala de mi tía-la-segunda. Un paragüero junto al espejo de la entrada que no se sabe dónde fue a parar tras la muerte de mi tía-la-última. Me queda la puerta de madera sobre la línea de la vereda y un par de árboles espigados pero ralos levantando el asfalto. Y, más allá, una plaza de armas con su fuente de bronce y sus frondosos robles o tilos o quizás cedros libaneses traídos de otro tiempo. Tiendas rubricadas con letreros de apellidos palestinos escritos en alfabeto romano. Volver, le digo, a esas calles con ritmo de pueblo y a esa casa suya y de sus hermanas. Pero esa casa hace años dejó de ser nuestra, corrige mi padre de espaldas a mí, preparándose su eterno café negro pesado de borra. Se vendió lo que quedaba en esa casa cuando tu tata, dice, evitando el cierre de la frase. Se desarmó y se arrendó, la casa, y después vino el incendio. Se deshicieron también de la tienda de esquina donde mi abuelo vendía telas por metro sacadas de las empresas textiles de los Yarur y de los Hirmas, y ropa hecha (de camisas a calzoncillos a calcetines) y zapatos

traídos de las fábricas de la calle Independencia. Casimires de Bellavista Tomé y rollos de seda, precisa mi padre y la cabeza se me llena de hilachas y de texturas, de colores. Pero no queda de eso ya más que imágenes arrugadas que no hay modo de planchar. El pesado metro de madera, la afilada tijera haciendo un boquete en el borde del tejido antes de que sus manos lo partieran de un tirón, los hilos desmayados sobre el mostrador, las ruidosas cifras sumadas en la máquina registradora de oscuro metal que iba añadiendo los precios de lanas, cintas y cordones o incluso de los colchones almacenados en el desván donde mi hermano-el-mayor y yo, la-del-medio, nos empujábamos mutuamente para desmayarnos sobre almohadas envueltas en bolsas de nailon transparente. Esa agonía de las cosas es lo que quiero salvar, o resucitar, pienso, pero antes de decírselo mi padre deja caer sobre esas vejeceras moribundas algo que huele a fresco. No te había contado esto, dice, el café humeando en su mano. La pequeña ciudad-de-provincia acaba de rendir homenaje a sus antiguos comerciantes. Entre ellos está mi abuelo. Está su nombre en el letrero de una calle recién inaugurada. Letras de molde que ningún Meruane ha ido a mirar, no todavía. No hubo ceremonia ni corte de cinta. No hay fotos que registren ese hecho. Mi padre no está muy seguro de dónde quedó estampado su apellido, que es también el mío, el nuestro. Y acaso porque pido explicaciones y detalles y levanto las cejas o las junto sorprendida, él por fin acepta conducirme hacia el pasado por una sinuosa carretera inclinada hacia el noreste. Vayamos,

dice, terminándose de golpe su café. Vayamos, como si de pronto la idea lo entusiasmara y necesitara remarcarlo subiendo su voz que siempre es baja. Empecemos a volver, si podemos, pienso yo, y anoto esta frase o esta duda en un pedacito de papel.

los andes, de fondo

La cordillera nevada al fondo del camino. Las varas de recortados parronales moviéndose en dirección contraria, recordándome la hipnosis que ese paisaje de rápidos palitroques solía provocar en mí. Abro la ventana para llenarme de un aire silvestre que me irrita los pulmones. Respirar el campo, ahora, es una forma de intoxicación. Otra forma es este retroceso. La incursión en un tiempo que ya no existe. La excursión del presente. Nuestra travesía carece del dramatismo que el viaje a este valle tuvo para los primeros inmigrantes. Pienso en la historia de esos periplos prometedores pero sobre todo penosos que, a diferencia de la inmigración europea, no fue apoyada por ningún gobierno ni recibió subsidio alguno. Los barcos zarpaban desde Haifa y descansaban en algún puerto del Mediterráneo (Génova o Marsella) antes de continuar a América con sus sótanos de tercera llenos de árabes, de ratones, de cucarachas hambrientas. Esos árabes errantes eran cristianos ortodoxos despreciados por los turcos. Eran considerados emisarios de Occidente, avanzada europea, protegidos de naciones adversas. Dejaban, los árabes, sus tierras, porta do un

pasaporte paradójicamente otomano que les permitiría huir de ese imperio, de su servicio militar en tiempos de guerras donde serían carne de cañón. Los que pudieron escaparon de la sentencia de muerte cargando un contrasentido: llevar para siempre el apodo de turcos. El nombre enemigo impreso como una maldición eterna sobre el borroso mapa de aquella inmigración. Los árabes se fueron arrastrando los unos a los otros, a las Américas y a Chile, en asombrosas cantidades; fundaron en cada punto del valle entre las cordilleras la leyenda de que la nueva tierra tenía un alma siria o libanesa o palestina que les permitiría imitar la vida tal y como era, como ya no sería nunca. Se convencieron de que esa era la única opción. Entre huertos de damascos y aceitunas y luego de palmas y berenjenas y zapallitos llamados italianos, y de tomates dulces a punto de estallar. En tardes protegidas por parrones cuyas hojas debían cosecharse a partir de septiembre y antes de que el otoño las volviera papel. Bajo el mismo sol macerante los ya numerosos palestinos se fueron multiplicando hasta duplicar a los otros árabes que habían embarcado con ellos en los mismos barcos, detenido con ellos en Río de Janeiro, compartido las lunas despuntando sobre el mar hasta el desembarco en Buenos Aires, cruzado juntos la cordillera a lomo de mulas guiadas por arrieros o, más tarde, en los vagones de un ferrocarril transandino que ha sido casi completamente desmantelado.

flechazo ferroviario

Se silenció esa bocina ronca y se difuminaron las espesas bocanadas de humo negro del tren pero no se ha arruinado la historia del flechazo ferroviario de mis abuelos. Mis tías se han encargado de relatarla tal como se la oyeron a su madre, y como la han escuchado las unas de las otras a lo largo de los años. Esa historia puede narrarla incluso mi madre, que la prefiere a las de la propia parentela italiana que no se distinguió nunca por sus amores triunfales. La cuentan mi madre y mis tías y a veces hasta mi padre, con variaciones: que venían ambos de Beit Jala donde nunca se conocieron, que tenían una misma religión e incluso un apellido en común (mi abuelo era primo de su futura suegra, ella llevaba un Meruane arrumbado en su linaje), que mi abuelo había sido compañero de curso de su futuro cuñado pero que nada de esto fue suficiente para ser admitido en el clan. A mi abuela Milade, o María, querían casarla con alguien aún más cercano. La norma tribal (es la palabra escogida por mi padre) daba preferencia a alguno de los tantos Sabaj avecindados en Chile. Y mi abuela tenía de pretendiente a uno que, sin ser rico, poseía el don de tener algunas tierras. Poco antes de conocer a mi abuelo, María se deshizo de ese Sabaj. Esta parte de la historia le encanta a mi tía soltera, mi tía-la-primogénita, que tal vez en este punto se identifique con su madre: Milade o María tuvo a bien decirle a ese Sabaj que él era muy viejo para ella y además feo, tan feo que le asustaba verlo de día. Imagínese cómo sería si me lo

encontrara de noche, le dijo. Ahí se terminó la proposición matrimonial. Mi abuela continuaba soltera a la entonces preocupante edad de veinticinco años. Se le estaba yendo el tren, decían o susurraban los demás. Pero ella se subió al vagón a último minuto y por propia convicción, insisten sus hijos y mi madre. Fue en un andén, precisamente, donde se vieron la primera vez. En la desaparecida estación de Llay-Llay. Haciendo transbordo ella, camino a Santiago, acompañando a su hermano en busca de regalos para las mujeres de la familia en la que él estaba por ingresar por matrimonio. Fue su hermano quien avizó a mi abuelo bajando del tren para hacer también transbordo, aunque Isa o Jesús o Salvador iba en dirección contraria: hacia el sur. Quizás mi abuelo tuviera la misma edad, o quizás ella lo aventajara un año o dos, o solo un mes, esto nunca pudo aclararse. Pero él diría, para complicar un poco más las cosas, y para molestarla, que vio a mi abuela sola en la estación, mi abuela con su largo pelo crespo y trenzado sujetando un canasto de mimbre, ofreciendo sándwiches tibios junto a la tropa de vendedores que acosaban a los viajeros. Decía, mi abuelo, que la María le había coqueteado haciéndole un precio por el pan con jamón o mortadela, que era así como había empezado todo. Y mi padre, como antes el suyo, se ríe mientras lo cuenta. Se ríe solo y a carcajadas de la maldad que enojaba a su madre. Acaso a ella le preocupara que alguien pudiera creer esa versión del encuentro. Qué más daría si fuera cierto, pienso yo, y ella no fuera más que una vendedora ambulante como muchos de los árabes de entonces.

Reparo en ese instante en el silencio que se impone entre nosotros. Mi padre parece haberse cansado de repetir la historia que ya conocemos o tal vez no tiene más que agregar mientras maneja. O es que quizás una señal en la carretera lo distrae. Se queda mudo con mi madre al lado, abstraída o adormilada ella, sus pies desnudos apoyados sobre el tablero del auto. Mis hermanos van a mi lado, cada uno mirando por la ventana. Vamos como solemos cuando estamos juntos, como antes, en alguno de nuestros paseos. Distráidos en las sucesivas curvas del camino con la cabeza en cualquier otro lugar.

lenguas en bifurcación

Avanzamos en silencio o en castellano aunque hay más lenguas dormidas en nuestra genealogía. Los inmigrantes árabes adquirieron el castellano a medida que perdían el idioma materno pero lo siguieron hablando entre ellos como si se tratara de un código secreto vedado a sus hijos: se comerían la lengua antes que legarles a ellos el estigma de una ciudadanía de segunda. Había una sombra pegada a ese acento tan evidente como el vestuario ajado de la pobreza. De ambos hubo que deshacerse y no fue difícil. No les costó tanto la ropa nueva porque era del estilo de la que traían. No les costó tampoco sumar el castellano a sus lenguas porosas: sus antepasados habían habitado el español durante siglos en la península ibérica, lo habían arabizado, le habían conquistado el alma con el silencioso paréntesis de la

hache intercalada y de los alharacos prefijos árabes. Hablarlo ahora era otra manera del regreso. Mi abuela, dice mi padre, lo había aprendido de niña, a la llegada; mi abuelo, en cambio, lo adquirió con once o doce o tal vez catorce años. Explica mi padre, aprovechando este recodo, que la incertidumbre sobre la edad de Salvador se debía a la pérdida del acta de nacimiento cuando se quemó la iglesia palestina. (Otro incendio, anoto yo. Otra pérdida, la de los documentos que verifican su origen.) Pero su madre y los hermanos tenían que haber sabido la fecha, argumento yo, levantando mi lápiz del papel, levantando también los ojos hacia mi padre. Él tuerce los labios y recurre a mi tía-la-segunda, que tampoco puede explicar este enigma y en vez de intentarlo dice que los niños eran bautizados con retraso, que la fecha era adulterada para postergar o evadir el servicio militar turco. Luego me entero de que tampoco es claro si Isa se vino con su madre viuda, una mujer llamada Esther (que tenía unos ojos muy azules que nadie nunca heredó), o si ella ya estaba en Chile con los hermanos mayores y entonces él llegó más tarde con unos tíos. Las versiones son contradictorias. Mi padre dice también, sin certeza, que mi abuelo se fue a trabajar al sur, en el molino de sus hermanos mayores, mientras aprendía su tercera lengua. El alemán lo había estudiado en un colegio de padres protestantes en una de las tantas escuelas de comunidades religiosas europeas que funcionaban en Palestina en esa época. Hay escenas dando vueltas: mi abuelo chapurreando alemán con algún cliente de la tienda La Florida, mi abuelo haciendo de

escriba y de voluntario lector para paisanos iletrados que recibían cartas familiares desde Levante. Dice, mi padre: Lo estoy viendo, era un viejito de la colonia, bajo, de tez muy blanca, de pelo rubio y ojos claros, que no sabía ni leer ni escribir. Cuando le llegaban cartas de su familia iba donde mi papá para que se las leyera y contestara, y yo, que a veces lo acompañaba en la tienda, me quedaba maravillado viéndolo rasguear la página de derecha a izquierda. No fue entonces ninguna tragedia doblar los alfabetos, invertir la dirección de la escritura, permutar la sintaxis, modular la entonación hasta perfeccionar el acento chileno: el cartel de esa bifurcación lingüística anunciaba progreso y los palestinos tomaron ese camino. Abandonaron la venta ambulante, como abandonó mi abuelo los recorridos sureños en representación de una distribuidora de géneros de un tal Manzur. Mi padre insiste, riguroso con unos datos que no hacen falta, que ni siquiera me importan pero que a él parecen señalarle un lugar social: mi abuelo no fue vendedor ambulante sino representante. Es para sostener ese lugar inestable que fue necesario para mi abuelo abandonar el molino y el almacén que tuvo en sociedad con sus hermanos mayores en Toltén, ciudad que desaparecería arrasada por un maremoto veinte años más tarde. (Otra desaparición, anoto, dentro de una saga de pérdidas.) Fue imperioso instalarse en la zona central para darle mejor educación a las tres hijas de entonces y a los siguientes dos. Porque la gran consigna de mi abuela, más ilustrada o al menos más lectora, era que el progreso exigía educación. Fue ella quien insistió en

mandar a mis tías a la universidad, darles la oportunidad que ella no tuvo siendo alumna de un liceo técnico del que no llegó a graduarse. Fue ella quien se opuso a que mi padre heredara la tienda a los dieciséis años, cuando mi abuelo, agobiado por sucesivos emprendimientos, pensó pasarle la administración de La Florida a su único hijo. Terció, también ella, para que sus hijas pudieran casarse fuera de la colonia. Que se compenetraran, sí, pero que mantuvieran el apellido como señal invencible de pertenencia.

a puerta cerrada

Está cerrada con una llave que ya no nos pertenece. Mi hermano-el-menor se asoma por la cerradura y no distingue nada. Está oscuro..., dice. Como una tumba, completo yo, recordando a mi abuelo en la suya. Su párpado izquierdo entrecerrado. Sus manos enlazadas para no hundirse más en los bolsillos y repartirnos almendras. Una muerte sobria, tan opuesta a la de su primo Chucre, que antes de morir pidió que tocaran música durante el velorio, que se bailara alrededor de su cuerpo difunto, que se ofreciera una gran cena para quien quisiera venir a despedirlo. (No sé si recuerdo o me he imaginado que los hijos estaban divididos: unos ponían el casete árabe, otros, entristecidos y quizás avergonzados, apagaban la radio y lo dejaban sumido en el silencio sepulcral.) La sala de esos velorios se confunde ahora con tantos otros funerales familiares. No veo

nada, insiste la voz de mi hermano-el-menor empujado en la mirilla. Y quizás no haya nada que ver, porque al incendio de la casa familiar se sumó después un terremoto y fue declarada inhabitable. Les dije que no tenía sentido regresar, murmura mi padre. Y se aleja dando largos trancos por la calle dejándonos pronto atrás. Ahí queda la puerta de madera clavada a la vereda aguantando hasta el próximo remezón mientras nosotros lo seguimos, calle abajo, los ojos fijos en el pavimento como si entre las líneas de los pastelones estuvieran las piezas de techos altos, como si entre las rayas pudiéramos encontrar la cocina del fondo, sus profundas ollas de aluminio, el refrigerador floreado que mi madre se llevó para la casa de la playa que ya tampoco nos pertenece. Qué se hizo de lo demás, de las sábanas que colgaban de una cuerda en el jardín, del minúsculo elefante de marfil que mis tías aseguran me inventé porque ellas no lo recuerdan. Las cosas palestinas desaparecieron misteriosamente mientras yo mataba el tiempo en otras cosas, me digo, avanzando con los demás detrás de mi padre pero sin saber adónde. Se detiene, él, de repente, y señala su primera escuela: de monjas dice que era y quizás todavía lo sea. ¿Una escuela de niñas? Sí, dice y por primera vez me parece que sonríe. Estaba tan cerca que podía ir solo pero iba con alguna de sus hermanas: la hermana-tercera que fue la primera en morir, o la hermana-cuarta que tampoco vive ya. Habría escuelas árabes en esta ciudad palestina, le digo, pero o no me oye o no lo sabe o no me quiere contestar. Con retraso, como despertando de repente, me dice que no. Eran todas

escuelas chilenas en las que no se enseñaba más que la lengua oficial. Mi padre deja el pasado atrás y aclara, puntilloso, su posterior recorrido escolar: la secundaria la hizo como interno en el Instituto Nacional Barros Arana. Pasaba algunos fines de semana en la casa de su tío Constantino, que vivía en la calle Juan Sabaj. Descubro sorprendida que hay en Santiago otra calle con apellido familiar. Que esa calle nombra a mi bisabuelo. Que fue abierta, la calle, por los tíos de mi padre cuando decidieron dividir la quinta ñuñoína y construir casas para vivir de las rentas. Ese negocio no les resultó, explica mi padre, que viviría en una de esas casas rodeado de la familia. Me pregunto por qué habiendo crecido entre palestinos nunca fueron asiduos a la colonia, mi padre y sus hermanas. Por qué nunca pertenecieron al Estadio Palestino que nos quedaba tan cerca de la casa. Había que desembolsar un buen billete, que yo no tenía, responde mi padre cuando por fin me animo a preguntarle. Se juntaban allí los paisas más pudientes y nosotros nunca habíamos tenido una relación muy profunda con la colonia más allá de la familia. Se iluminan algunas cosas. Las angustias del ahorro. La antipatía por el derroche. Un aprecio por cierta austeridad y el desapego de las cosas. La sutil distancia de la que nunca se hablaba pero que vivía entre nosotros como un pájaro, me digo, aunque luego pienso que es extraña la imagen alada que acaba de cruzarse por mi cabeza. Pájaro por qué, me digo, acaso porque todo ha sido tan volátil. No estoy segura y decido dejar esa idea en el aire mientras tomo asiento, mientras leo la carta, mientras

muerdo una hoja de parra rellena aunque poco succulenta del restorán árabe de la provincia chilena adonde hemos venido a almorzar.

un letrerito desvencijado

Mi padre conduce por unas calles desconocidas y mi hermano-el-menor astutamente saca su teléfono, conecta el localizador y empieza a dar instrucciones. Instrucciones que mi padre no sigue o a las que no presta atención, convencido de que llegaremos si doblamos la esquina. Damos más vueltas. Se trata de un barrio desmejorado en las afueras de la pequeña ciudad-de-provincia en la que hace sesenta años mi padre no vive. Más y más vueltas por calles minadas por raíces, sorteando la sombra caliente de árboles casi ralos. Mi hermano insiste en dar indicaciones, el localizador enloquece y nos desorienta hasta que de pronto mi padre detiene el auto. Solo el aire acondicionado queda encendido. Afuera el sol hace arder el pavimento. Bájense, ordena mi padre, pero nosotros no abrimos la puerta, nos asomamos por la ventana antes de poner un pie en territorio desconocido. ¿Es esto todavía la ciudad-de-provincia? ¿Es esta la calle que lleva nuestro apellido? Vemos los ojos oscuros de mi padre por el espejo retrovisor y oímos que repite la orden. ¿Qué están esperando? Porque ahí está el letrero negro bordeado de blanco. Las letras anuncian, también blancas pero gastadas, no una calle sino apenas un pasaje: la palabra justa para

nuestro abuelo nómade. Vistas así, mayúsculas, las letras SALVADOR MERUANE sobre una endeble plancha de metal, así, tan deslavadas, como si el pintor hubiera olvidado darle la segunda mano y recubrirla con una capa de barniz protector, tan desprovistas las letras y las rejas y las casas alrededor, pienso que Isa quedó oculto tras SALVADOR y que ese MERUANE desvencijado ha tenido menos fortuna que el SABAJ del letrerito santiaguino. Miramos ese oxidado apellido un par de minutos hasta que se nos gastan las sonrisas del instante ante la cámara. Mi abuelo o sus nombres o su apellido quedan precariamente afirmados a la entrada de eso que nos parece una población desierta. Nosotros nos llevamos las fotos en la máquina mientras el auto arranca otra vez dejando el cartelito cubierto de polvo.

II. El llamado palestino

dirección: palestina

No es regresar pero la idea del viaje aparece con ese verbo auestas. Ese verbo y todos sus sinónimos y una sucesión de eventos fortuitos me empujan en dirección palestina. Ocurre así la aparición del primer emisario: me subo a uno de los cientos de taxis llamados gitanos que circulan por mi barrio neoyorquino. Tomándolo por dominicano o ecuatoriano o incluso por mexicano de Puebla me dirijo al chofer en español para pedirle que me lleve al aeropuerto. Pero escucho en su respiración un leve acento que tampoco es gringo. Afino el oído, detecto entre sílabas una inflexión árabe. Antes de preguntar y acaso equivocarme me fijo en la tarjeta de identificación adosada al respaldo de su asiento: tiene un nombre inequívoco, un nombre unido para siempre a la resistencia y a la autoridad palestina. Jaser. Árabe de dónde, le pregunto, y en el retrovisor reconozco los ojos de mi abuelo. Es un palestino de un pueblo al norte de Jerusalén que no identifico. Cerca de Ramallah, explica. Un pueblo del West Bank, aclara en inglés por si ese nombre me suena más que Cisjordania. No debe estar tan lejos de Beit Jala, digo yo, y él asegura que no está nada lejos en distancia, aunque en tiempo, depende, y deja la frase en suspenso. Y entonces le digo que de ahí proviene una parte de mí. Le pregunto si conoce mi

apellido pero él nunca lo ha oído nombrar. Le menciono otros apellidos de la colonia y a continuación le cuento que en Chile vive la mayor comunidad palestina fuera del mundo árabe. Que los primeros palestinos emigraron desde cuatro ciudades cristianas de Cisjordania. Que a Chile siguen llegando los suyos. Que los últimos venían escapando de Irak. Ahora son todos musulmanes, como usted. Son todos refugiados que mi país acoge y que quizás con el tiempo se vuelvan chilenos comunes y corrientes. Como yo. Veo desde atrás su cabeza asintiendo a todo lo que digo, pero cuando llego a la última línea Jaser se da vuelta y me corrige. Usted es una palestina, usted es una exiliada. ¿Usted no conoce su tierra?, dice sin pausa y con sorpresa pero sin recriminación. Debería ir allá, usted, dice activando mi palestinidad con el ritmo de su habla. ¿Para dónde viaja ahora?, y sin hacer la coma, dejándose de formalidades, me lanza un ¡oye! dominicano, ¿España?, desde Madrid los territorios no están tan lejos. Unas cinco horas en avión. Debería ir, insiste, volviendo velozmente a lo formal, le va a encantar su tierra, y empieza la campaña del porqué del regreso. Volver a Palestina, me digo, mientras habla, asaltada por la certeza de que nunca se me había ocurrido ese destino. Lo pienso un momento más al tiempo que me meto en el bolsillo la tarjeta de Jaser. Pero al llegar al aeropuerto descarto la idea, y la tarjeta. Archivo ambas como una extraña casualidad.

correos de jaffa

No me olvido de Palestina, sin embargo. Aunque estoy atareada durante los días de Madrid, las palabras de Jaser insisten en colarse entre mis proyectos. Incluir Palestina en la colección que dirijo sobre lugares en una pequeña editorial independiente. Encargarle a algún escritor vecindado en la zona una crónica como manera de resolver la deuda que de pronto se me impone. Surge el nombre de un conocido-en-Jaffa, rescato su dirección electrónica, escribo de inmediato para extender la invitación. Entra, de vuelta, en un rebote instantáneo, otro correo. El escritor acepta la propuesta explicando que hace tiempo tiene aparcados los territorios. Y desde que dejó de trabajar sobre la región, leo en mi pantalla, su forma de ver el conflicto ha cambiado. «Y mi forma de narrar, también». Dice haberse vuelto «más consciente de los aspectos sutiles, y esas sutilezas me parecen ahora fundamentales.» Quizás un diario de su vida en Jaffa, sugiere, y me lo imagino negociando consigo mismo el formato y el registro que ese nuevo texto debiera tener, lo imagino entregándose compulsivamente a abandonar su largo silencio. A continuación me lanza un inconveniente al que yo todavía no había llegado: la necesidad de encontrar pronto quien escriba la contraparte del libro en esa colección de libros armados siempre a cuatro manos: dos de narrador, dos de narradora. «No conozco a ninguna mujer que escriba en castellano sobre esta zona», apunta él al cierre del correo. Cuando termino de leer ese mensaje advierto que hay otro suyo

a la espera de ser leído. «¿Conoces la tierra de tus ancestros?», pregunta, recordándome la frase de Jaser. «¿No te animas a ser la pareja palestina del libro?». Aparece a continuación un tercer mensaje en el que el escritor dice, apresuradamente, suponiendo que todavía estoy leyendo su mensaje anterior, que él comprende que se trata de un viaje caro pero me ofrece el hospedaje: «Tienes un sofá a tu disposición y dos adorables criaturas que invariablemente te despertarán a las seis de la mañana. Si de verdad te animas nos inventamos una metodología bizarra para escribir el libro. Ya me dirás cuándo quieres venir». Ir o no ir, esa será mi pregunta. Ir y escribir, o no ir y nunca dejar mi Palestina por escrito.

otra vez ramallah

Regreso a Nueva York de ese breve viaje europeo y preparo las maletas para partir a Chile. Pido otra vez un taxi y al subir al auto veo aparecer al mismo viejo genio de la lámpara anterior. El genio de mi mala conciencia o de mi deseo, me digo, repentinamente habitada por manidas imágenes orientalistas. Lo cierto es que hay cientos de taxistas latinos que circulan por el norte de Manhattan y es Jaser quien en el instante de mi llamada circula más cerca, él quien llega, por eso, a recogerme. ¿Y para dónde va ahora?, me dice levantando mi maleta y los labios en una sonrisa. ¿Ahora sí Palestina? Algo así, le contesto, pensando que Chile es mi único Levante.

De mi familia, en Beit Jala, no quedan más que un par de mujeres que llevan en algún lugar el Meruane. Los demás portadores del apellido viven desperdigados por nuestra loca geografía. Quizás en Chile usted también tenga a alguien, le digo, abriendo la ventana, pero Jaser no tiene a nadie allá. Su familia se aferra a lo poco que le va quedando porque eso es lo que hay que hacer ahora, dice. Aferrarse a lo que queda de Palestina para evitar que desaparezca. Que no la hagan desaparecer porque dejamos las puertas abiertas. Este es el momento de quedarse, es el momento de volver. Pero usted está aquí, igual que yo, observo. ¡Alguien tiene que mandarles el dinero!, responde en su castellano dominicano lleno de arabescos. Veo sus grandes ojos en el retrovisor, su cabeza que gira cuando el auto se detiene en la luz roja, su mano extendiéndome unas galletas de almendra que su mujer le prepara para su largo día de autopistas. Y entonces, dice, tragando con dificultad la masa dulce, ¿cuándo va para nuestra tierra? En marzo, le digo por decir cualquier cosa, y aunque no tengo plata para ese viaje empiezo a imaginar que lo que digo es cierto.

santiago-jaffa: 23 de enero

Estoy en Chile, planteándole a mi padre visitar acaso por última vez su ciudad-de-provincia, haciendo preguntas, tomando notas, investigando en línea, leyendo la historia de la inmigración, activando mi memoria y zurciendo anécdotas. En Chile estoy, calculando que las

cuentas del viaje palestino no me cuadran. En esa matemática me encuentro cuando entra un nuevo mensaje del novelista-en-Jaffa anunciando que cambió de idea. «Me duele tener que escribirte este mensaje. Desafortunadamente no podré escribir el texto. En los últimos meses a dos ciudadanos israelíes se les ha impedido el acceso cuando regresaban de viajes de turismo (un eufemismo para decir que fueron deportados). Los dos eran judíos por línea materna, es decir, judíos en toda regla, y los dos habían hecho aliyá, el proceso por el cual un judío pide ser miembro del Estado de Israel. Los argumentos contra ambos fueron “actividades contrarias al Estado” y en el caso de uno de ellos “traición”. Lo único que habían hecho era asistir a manifestaciones de izquierda y colaborar con ONGs que ayudan a la población palestina. Yo conocía a uno de ellos. Mi situación en Israel es mucho más vulnerable. He participado en muchas manifestaciones contra las guerras de los últimos años (aparezco en varias fotos ~~haciéndole pistola~~ a las cámaras de la policía), pero además de eso durante años ~~escribí denunciando lo que me parecía nefasto de las políticas israelíes y de la política interna palestina (el espacio fue cerrado por presión de la oficina de prensa de la embajada israelí)~~. Para terminar el cuadro de vulnerabilidad, puedo vivir aquí por ~~los ancestros judíos de mi padre~~, que me permitieron acceder a ~~una tarjeta de residente~~, pero en realidad vivo aquí porque estoy casado con una palestina musulmana, lo que equivale a estar ~~en los maderos de las agencias de seguridad~~ (suena a novela de espionaje pero tristemente es la realidad en

esta región, en la que, entre otras, las líneas de teléfono de los ciudadanos “árabes-israelíes” están en casi todos los casos intervenidas). Escribir un texto sobre Palestina inevitablemente toca temas polémicos. La definición misma del territorio, como ya comentamos en un mensaje, es problemática. Solo elegir nombrar ciudades con ciertos nombres y no otros equivale en esta región a una declaración de guerra, y aunque decidiera no incluirlas en el texto y hablar solo de Cisjordania y Gaza, no podría hacerlo sin hablar de muros de encierro, colonos y la autoridad del Ejército israelí. A pesar de eso me planteé correr los riesgos y escribir el texto; alcancé a armar una estructura con unas páginas de prueba y a ofrecerle la idea a ~~una revista con la que colaboro~~, pero creo que sería una irresponsabilidad de mi parte. El riesgo de quedar separado de mi familia es demasiado grande y no estoy dispuesto a correrlo. Anoche cenaron en mi casa dos amigos israelíes involucrados en temas de derechos humanos y los dos me recomendaron abstenerme. Nunca había tenido que callarme por la censura, pero creo que no tengo más remedio. Te mando un abrazo muy grande y te pido disculpas por el tiempo perdido. Y por supuesto eres bienvenida en mi casa, ojalá vengas a conocer la tierra de tus ancestros, vale mucho la pena a pesar de todo lo dicho.»

jaffa-santiago: 24 de enero

El escritor-en-Jaffa opina que no es del todo una idea descabellada trabajar la tachadura, el borrón en negro, el

anonimato en vez de la firma, pero también cree que «las palabras tachadas hacen explícita la imposibilidad de escribir libremente sobre Israel, y eso aumenta la posibilidad de que la causa ultrasionista quiera tener controlado al autor y consiga que se le castigue si es descubierto». Le lanza a continuación otro pero a mi propuesta, y no es un pero menor: «Lo que más me interesaba de esto era hacer una evaluación de lo que ha sido mi vida aquí. Hablar de mis orígenes y hablar de mi familia adoptiva a la que quiero entrañablemente. Empezar por ahí, por mi vida real y mi identidad en este lugar. Es una lástima no poder hacerlo, pero no hay remedio». Escribe, y yo lo leo como si lo oyera tratando de convencerse a sí mismo de esta decisión, que «para un ~~latinoamericano~~, crecido en la ~~época de violencia~~ ~~que sufrió su país~~ y en una familia como la mía, el riesgo es una cosa terrible pero también atrayente. De alguna manera vivir sin riesgo no es vivir. Fui yo el que insistió en escribir el texto y el que todavía quiere hacerlo (espero poder dentro de unos años, cuando ese riesgo deje de existir o cuando ya no me importe). Sé que lo escribiré tarde o temprano y que el tiempo le dará más fuerza a esas palabras».

jaffa-nueva york: 29 de enero

A la vuelta de Chile y a la vuelta de otro mensaje mío escrito bajo el pulso de la indecisión, recibo otro mensaje del escritor-en-Jaffa intentando persuadirme de

que no me pierda nada de la compleja realidad en la que viven los palestinos. «Ya lo verás tú misma», anota y agrega: «no hay ejército ni sistema de vigilancia que pueda controlar las otras pulsiones humanas, que son muchas, y así como aquí hay muchos que sufren, ellos y los demás viven con toda la intensidad que les es posible (y hay música y hay comida y hay sexo, hay matrimonios e hijos y divorcios y todo lo demás). Vivimos muy bien, quiero decir. No es la misma intensidad embriagante de ~~mi país~~, en la que la vida es a veces demasiado abundante (tanto como la muerte), pero aquí, especialmente los palestinos, saben vivir y ser felices también. Lo que me impide escribir es que en los últimos años cualquier discurso intermedio entre las locuras de Hamás y las locuras de la ultraderecha israelí tiene cada vez menos espacio (el que defienda un discurso intermedio inevitablemente es clasificado en uno de los dos polos extremos y atacado por el otro). Afortunadamente la realidad es mucho más rica y compleja que esos discursos y la gente sigue estando viva y sigue siendo impredecible e incontrolable. Ya me puse solemne y sentencioso, qué pereza. Lo mejor es que vengas y lo veas. Aquí te esperamos si te decides a venir».

despertar diez años antes

Empiezan a regresar viejos llamados palestinos. El timbre del teléfono me alcanza en la puerta de mi casa que no era mía sino arrendada, y tampoco toda: entonces me

alcanzaba apenas para la pieza en un barrio a medias irlandés, a medias ruso, a medias libanés, del sur de Brooklyn. Vi que pasaban las nueve por el reloj de la pared cuando llegué de vuelta a la cocina y descolgué el auricular. Era el novio afroamericano de mi compañera de casa. No salgas, dijo, alarmado. Y me bombardeó con las noticias de un ataque. Dos aviones. Dos torres decapitadas que nadie ha podido olvidar. Tenía el tiempo contado para llegar a dar mi primera clase. Y a lo mejor era su acento o mi dificultad con el inglés por la mañana, entonces. Me lo tuvo que repetir. Están cerrando el metro, ya están clausuradas las estaciones de tren y el aeropuerto. Prende el televisor si no me crees, y despierta a Niki, pónmela al teléfono. *Please*. Había gritos en la pantalla: las presentadoras habían olvidado la compostura e invocaban a Dios como si lo maldijeran. *Oh my God*, clamaban viendo gente lanzándose al vacío. Tomados de las manos, unos, otros en vuelo solitario. Esas imágenes pronto dejaron de salir al aire y la pantalla se llenó de otros despachos: declaraciones oficiales, filmaciones en video, zapatos tirados entre los escombros mientras yo revolvía un café frío dejado hacía días sobre la mesa por Niki. Juntas vimos la primera torre haciéndose polvo: se desplomaba la seguridad y emergencia, desde la nube oscura, la paranoia absoluta. A esa hora todavía no había responsables declarados pero se empezaba a especular que «algún grupo terrorista árabe» se estaba tomando la venganza contra un país que siempre había apoyado la causa israelí. Empezaban a sucederse imágenes de niños-palestinos vitoreando el

golpe en medio de una calle. La imagen estaba recortada. No se sabía qué estaban mirando ni ante qué levantaban sus puños. La secuencia era breve pero se repetía intercalándose con la caída y la recaída de las torres. Los niños. Las torres. Y los mismos niños con sus mismos brazos en alto, sus rostros iluminados; detrás la voz en off refiriéndose a ellos como cómplices de la eterna intifada. Los niños y la caída seguidos de un Yasser Arafat al que le quedaban tres años de vida, lamentando la tragedia. «*I am shocked*», decía en un inglés consternado pero de inmediato regresaban las torres y los niños árabes para desmentirlo. Esos niños convertidos en precoces terroristas fueron los emisarios de entonces. Escribí sobre ellos, esa tarde, para un diario chileno movida por la necesidad de poner los hechos por escrito. Revuelvo ahora los recortes fríos de esos años y leo de mi mano la escena televisiva y lo que experimenté a lo largo de ese día. «Pensé en mi propia genealogía palestina, en mi propio apellido metido en esta batalla, en la posibilidad de convertirme en sospechosa ante una comunidad de individuos que se unen en el momento de la calamidad para reclamar sus derechos y exigir garantías de seguridad contra ese supuesto adversario. Porque habrá que buscar a quienes planearon el ataque y el avión, y vengar a los miles de descuartizados y quemados bajo los escombros del imperio.» Me quedo un momento parpadeando ante el recorte. Tengo treinta años cuando lo firmo y me lo mando como un mensaje cifrado hacia el futuro. He sido mi propia emisaria.

moneda al aire

Lanzo al aire una moneda mental: si alguna invitación me lleva a Europa yo me estiraré hacia el Oriente por mis propios medios. La moneda gira sobre sí misma mientras pienso en tantas restas. El regreso frustrado de mis abuelos. La negativa de mi padre. Mis indecisiones. El silencio del mundo mientras se les sigue restando tierra a los palestinos. Todos los juicios en los que se les ha negado la voz. Una historia llena de agujeros por donde se cuelan los regresos y se cortan los vínculos y la vida. Sumarle a esa resta, me digo. Volver a Palestina. Volverme. Echo al aire otra moneda y ahora suena a metal: en mi buzón aparece una carta que me llevará hasta Londres.

una historia tapizada de árboles

Hamza se presentó el primer día de clases como jordano pero al descubrir el origen de mi apellido corrige su relato: yo también soy palestino, un palestino nacido en el exilio. Sonríe complacido de haber encontrado a alguien como él. ¿Y cómo es que no conoce Palestina si usted puede entrar?, pregunta, sorprendido, en un inglés tan exacto que suena impostado. Un inglés tomado de algún libro. Le digo que Palestina me ha mandado emisarios, señuelos, reclamos, y ahora una invitación que me dejará a medio camino. Hamza me mira intrigado, sin entender que él ahora es otro de esos enviados

y que cada mención suya se volverá un punto en mi atlas. Una anotación en mi libreta. El motivo de una búsqueda. No deje de ir a Yalo, deja caer Hamza; a Yalo o Yalu, agrega. En las afueras de Ramla, la ciudad de la arena. (Anoto Ramallah; después, sobre un mapa, comprendo mi error.) Hamza me dice que la familia de su padre salió de Yalo el mismo año en que la guerra le impidió a mi abuelo volver a Beit Jala, el año en que Israel anexó ese territorio y cientos de palestinos huyeron a Jordania. La familia de su madre se había exiliado veinte años antes, en la primera estampida, y nunca pudo retornar. Hamza lo dice con desapego británico aunque entre sílabas se estremece la espina del refugiado que mantiene esta condición como modo de reivindicación. Hijo y nieto de desplazados políticos, Hamza se entusiasma con mi regreso porque regresar es lo que se le ha negado a su familia desde que salió; incluso visitar les fue prohibido tras la primera intifada, a fines de los años ochenta. Él no había nacido todavía para el primer levantamiento pero ya carga con la herencia de un exilio; sueña, me dice, no puede evitarlo, con esa Palestina tan ajena y tan propia. Quiero preguntarle a qué Palestina se refiere, a qué trocito de esa tierra fracturada. ¿Qué hay ahí, en Yalo o Yalu?, le pregunto en vez, sin saber qué otra cosa preguntar. Nada, dice, no hay nada más que biografías trucas y muros de piedra rebanados a ras de suelo. Sobre lo que fue su casa y la de tantos vecinos hay ahora un parque nacional. Un parque, dice, es decir, una zona protegida bajo una premisa ecológica donde esos palestinos, aun si pudieran regresar, no

podrían volver a construir. Un parque donde la historia quedó tapizada de árboles. Todavía se pueden encontrar ahí las huellas del desalojo, los cimientos de esas casas arrancadas de cuajo. Porque los olivos, dice Hamza, continúan creciendo donde quedaron, siguen cargando las ramas de aceitunas aunque no haya quien las coseche. Ese muchacho-casi-palestino se va y yo me voy también esa tarde a casa, a la pantalla en busca de ese cementerio urbano que alguien en el espacio virtual describe como «tierra de nadie». Alguien contesta que de nadie no es, que es tierra palestina usurpada violando la legislación internacional, y alguien más denuncia que el parque fue financiado por alguna adinerada comunidad sionista canadiense con el objetivo de borrar el pasado. Ir a Yalo a visitar la casa desaparecida de Hamza, pienso, y veo pasar incendios, terremotos, inundaciones y otros hechos de la naturaleza que han sido consigna de las pérdidas palestinas. Esta desaparición, sin embargo, ha sido construida. La obra de esa destrucción se queda dando vueltas en mi imaginación hasta que mi alumno regresa, otra tarde. Ahora trae un mensaje de su madre desde Jordania. Una sugerencia culinaria para cuando yo vaya. La recomendación tiene un nombre que nunca he oído y suena, entre los labios de Hamza, a *loos* o quizás *loss*, la palabra inglesa de la pérdida. Pero *loos* o *loss* en árabe significa almendra cruda cubierta de una piel verde aterciopelada y muy gruesa que se come sin pelar, con un poco de sal y quizás aceite de oliva. Es una almendra que mi padre, devoto, como su padre, de ese fruto seco, tampoco identifica cuando le pregunto. Ninguna de mis tías

sabe. Anotaré esta palabra tal como suena en boca del muchacho-casi-palestino. La encontraré semanas más tarde en un mercado de Belén, sobre un carrito de metal, en medio de una callejuela. Compraré un paquete de esas almendras ásperas y se las traeré de regalo sin confesarle que me fue imposible tragar el grueso fruto de la pérdida recomendado por su madre.

minúsculo equipaje

Empacar para este viaje se transforma en un largo desprenderse de equipaje. Mantengo la maleta abierta durante días mientras deposito dentro todos mis recuerdos. Pero a medida que se acerca la fecha el contenido empieza a reducirse para dejar espacio a la imaginación de lo que viene. Escojo una maleta más pequeña pero me sigo alivianando hasta que solo queda lo indispensable, apenas algo de ropa, algún regalo, el breviario sobre el conflicto que una amiga me regaló tras la caída. Miro la fecha. Septiembre de 2002. Entran los libros que me encarga mi amigo-el-escritor. Entra, pero luego sale, un documental enviado por una alemana que no solo vivió en Beit Jala sino que fue maestra de la escuela Chile. Vuelvo a mirar ese documental casero y me pregunto si mi padre se habrá animado a ver la copia que le regalé. Recupero el correo de la alemana-amiga-de-una-amiga y le escribo para compartir con ella que voy. Ella no me contesta y yo entiendo que debo cerrar mi minúscula maleta.

Se acerca la fecha de Londres y empiezo a experimentar ataques de vértigo: caídas libres en la incertidumbre. Mi tía-la-mayor me manda a decir con mi padre que debo ir a visitar a esas tías lejanas y llevarles un regalo. Que compre unos chalecos de lana, o un pañuelo de seda, o una carterita que no pese en mi encogida maleta. Ella me pagará después. Guarda la boleta, insiste la concienzuda hija-de-inmigrantes que es mi tía-la-primogénita. Y que las llame cuanto antes manda también a decir. Mi padre dicta un número de teléfono y me pide, meticoloso, que se lo repita. Deletreo lentamente la cifra de esa llamada y un pensamiento me descoloca: en qué lengua vamos a entendernos. En castellano, por supuesto, dice mi padre, porque Maryam vivió unos años en el sur de Chile. Fue hace mucho, me asegura, pero algo todavía habla. Dejo el número sobre mi mesa un par de días o tres. Se va cumpliendo un plazo que no me deja alternativa. Me obligo a marcar y a preguntar por ella. Hola, digo, ¿Maryam? Maryam, oigo como eco del otro lado, y luego una larga frase en árabe que podría ser una pregunta o un cántico mortuorio. Hola, repito, *hello*, repito, *english?*, y trato de decir *marjaba* pero se me enreda la lengua. Repito: Maryam. Quien atiende debe ser la otra hermana, la que no estuvo nunca fuera de Beit Jala, la que no habla más que árabe pero que me lanza algunos trozos de un inglés algo tieso y me da a entender, o yo interpreto extrayendo el sentido de su fraseo, que Maryam fue a ver a un pariente enfermo y que volverá a alguna hora,

o al día siguiente. Hay un silencio seguido de un lento *who are you*, y yo trato de explicarle quién creo ser. Hay entonces un momento de agitación en la línea, la convulsión de una lengua que intenta traducir lo que le digo y que bajo presión por contestar algo empieza a gritar la única palabra que tiene a mano. ¡Aaaaaa! *family!*, dice, entre grandes aspavientos, *family!*, *family!*, y yo, sin saber qué más decir, le contesto *yes*, *yes*, y empiezo a reírme porque hay estruendo y hay exageración y hay confusión en esa palabra, y hay también un vacío enorme de años y de mar y de posible pobreza, pero a cada *family* que ella grita más me río yo, diciendo *yes*, *family*, *yes*, como si hubiera olvidado todas las demás palabras. Y en ese tiroteo telefónico no sé si llego a decirle o si ella habrá entendido que estoy por viajar, o volver, que mi deseo es ir a visitarlas.

III. Palestina en pedazos

una verdad revolucionaria

La ciudad de Londres no es más que un túnel entre terminales. No me quedo ni un minuto más del debido: no me asomo a sus palacios, no me pierdo bajo sus nubes bajas, no me tiendo en sus parques: arrastro con impaciencia mi maleta hasta Heathrow. Después de darme un par de vueltas descubro la zona apartada que se le reserva en cada aeropuerto del mundo a la línea aérea El Al. Pronto detecto a los agentes de la seguridad israelí: son idénticos a los tiras de la dictadura chilena. Los mismos anteojos oscuros de marco metálico, el mismo corte de pelo militar, el mismo modo tirante. El rostro seco. Ante todo, pienso, mientras me acerco: no perder nunca la calma y decir siempre la verdad. Porque la verdad es revolucionaria, decía Lenin, aunque yo oigo esta proclama en la voz empecinada de Diamela Eltit: otra escritora chilena descendiente de Beit Jala. Desacelerando el paso recuerdo que ella lanza esta frase cuando aparece alguna verdad difícil pero necesaria. Se inician las preguntas y la verdad empieza a causarle estremecimientos al agente. Es un tira de pelo muy negro que nunca aprendió a sonreír, que seguro desentona en la carcajada, y al que alguien le enseñó que si una mujer no viaja acompañada es porque algo se trae entre manos. Ese es su primer disparo: por qué viajo sola. (Hay una respuesta larga y otra muy corta, pero no me decido por

ninguna a tiempo y resumo levantando levemente los hombros.) A qué voy a Tel Aviv. (Turismo, digo, pero esta obviedad no lo convence.) De dónde vengo. (Entorna los ojos sobre la patética fotografía de mi pasaporte y murmura Chile, pensando, lo leo en las arrugas de su frente, ese país de palestinos.) Cuánto tiempo he tenido mi trabajo en la universidad. (Un año, redondeo.) Menos de un año, corrige después de mí, muy lentamente, como si contara por dentro cada uno de los meses. Pero usted ha vivido cuánto tiempo en los Estados Unidos. Y es cierto, ya son muchos años, pero también es verdad que recién conseguí permiso para trabajar y que aunque no viva en Chile nunca he pensado nacionalizarme. Esa verdad se vuelve aún más rugosa cuando aparece entre mis documentos un visado alemán. Aquí se trastorna el blanco de su piel y adquiere un tono ligeramente ocre. Aparece una mueca en su rostro. Mi revolución, pienso, va de mal en peor: estuve ocho meses en una ciudad alemana desbordada de turcos que él seguro imagina fundamentalistas, turcos regidos por la Sharia. La verdad podría complicarse aún más y se complica cuando pronuncio el nombre del barrio donde voy a alojarme. Empezando a saberme culpable digo que me quedará en Jaffa, o, si él prefiere, en Yafo, la manera hebrea de nombrar esa vieja ciudad musulmana al sur de Tel Aviv. Yafo, corrige el israelí levantando su frágil ceja de tira. ¿Y quién vive ahí, si se puede saber? La verdad, pienso. La verdad. Un amigo-escritor, contesto, aunque lo de amigo sea una pequeña exageración, un modo chileno de decir que compartí

con él tres días de una gira en Alemania y una decena de mensajes recientes. Pero como si no me hubiera oído o no me hubiera entendido me pregunta en qué trabaja ese amigo mío. Un escritor, sospecho, lo que hace es escribir novelas, escribir crónicas de viaje, escribir columnas y cuentos, dar talleres, con suerte ganarse un premio y sobrevivir algunos meses. No sé si mi amigo tiene un trabajo asalariado. Escritor que escribe, carraspea ásperamente esa sombra de hombre arrugando la frente, escritor, y arrastra la erre antes de llamar a su jefe.

máquinas sospechosas

El supervisor repite todas las preguntas de su subordinado y yo reitero con exactitud todo lo que ya dije hasta que llegamos a mi amigo-el-escritor-en-Jaffa. De dónde nos conocemos. (De toda la vida, digo, vagamente, recordando el párrafo donde mi futuro-amigo, al que llamaré Ankar, me decía: «Sobre tus aprensiones: cuando entres es posible que te hagan preguntas antipáticas y te revisen dos veces las maletas pero de ahí no pasa el ritual».) Menos mal mi inminente-amigo tiene un apellido judío. Pero dónde vive, en qué calle, insiste el jefe de los agentes, pasándose una mano por el billar de su cabeza. Le entrego la dirección que llevo en un papel, olvidándome de que junto al nombre completo de mi amigo aparecen el de su mujer y el de sus hijos: todos indudablemente árabes. Sobre el papel veo deslizarse la falange, luego la medialuna de una uña muy pulida

hasta que en la punta surgen todos ellos, por escrito. El supervisor modula estos nombres como si pudiera, al pronunciarlos, desactivar su palestinidad. A continuación extiende su brazo con el mismo dedo manchado de árabes y me indica que pase a la pieza chica del fondo. La pieza oscura, temida, de toda infancia pero también de toda migración. Veo un sillón lleno de bolsas y de papeles, sin contar algún cordón de zapato asomando por debajo. Basura que los tiras se esfuerzan en apartar para que tome asiento. Póngase cómoda, dice una voz en un inglés cargado de Medio Oriente. Junto a la puerta hay un bidón con agua que no hacen más que ofrecerme. Una y otra vez. ¿Fría o natural?, me pregunta la agente de pelo largo que hace el papel de amable. Me desconcierta su parecido con la enfermera de mi ginecólogo judío-neoyorquino, la joven enfermera que me habla de la diabetes rampante de ese marido suyo que acaba de regalarle la estrella de David que lleva colgada al cuello, la inofensiva estrella en la que yo me fijo mientras me clava la aguja y me extrae sangre. ¿Fría?, repite la tira o la enfermera, pero la temperatura no me importa. Fría mejor, decide ella, y yo no me opongo porque de pronto noto la boca muy seca y muy amarga y una fiebre acusatoria en las mejillas. Sé que podría reventar si abro la boca pero no hay más preguntas, por ahora. Ni una sola pregunta de los cinco tiras que se turnan en acompañarme y en ofrecerme ese líquido que decido no aceptar. Lo peor sería querer ir al baño y no obtener permiso mientras ellos piden disculpas. *You understand we do this for security*, afirman,

o preguntan entrecortadamente, uno tras otro, como miembros de una secta. *Yes, yes*, digo yo, porque esperan que diga algo, cualquier cosa que no sea entender la *security* de quién. Me pregunto por qué no se han interesado en el origen de mi apellido ni si tengo planificado visitar los territorios. Me contesto que no les hace falta preguntar lo que ya saben. Entonces entra el supervisor agachándose un poco para no golpearse la frente e inquiera por la maleta y el bolso que él mismo acaba de quitarme. Si son míos, pregunta. Si llevo dentro algo que pudiera hacerle daño a alguien. La única respuesta verdadera, pienso, es esta. Uno. La tinta de mis bolígrafos es tóxica. Dos. Puesta la fuerza necesaria, mi lápiz es capaz de atravesar un cuerpo. Tres. El cable del portátil alrededor de un cuello. Cuatro. El computador arrojado violentamente contra una cabeza que al golpe cruje, se parte. Pierdo la cuenta. Abro mentalmente mi maleta y me encuentro con los libros que me encargó mi inminente-amigo-el-escritor para su próximo proyecto: *On Killing* se llama uno de Dave Grossman, otro es la biografía de un agente de la CIA encargado de la guerra-contrael-terrorismo. Se me dispara un sudor frío. El supervisor vuelve a su pregunta. Algo. Daño. Alguien. Y yo revuelvo un instante mis ojos por las esquinas de esa pieza penumbrosa para mí, aunque llena de luz para ellos, y bajando un poco la voz, murmurando confieso. Llevo repuestos para mi máquina de insulina. Entre esos repuestos hay agujas, agujitas. Pero el supervisor se queda en la frase anterior o no conoce la palabra *needles*. ¿Qué máquina?, dice. Oigo la adrenalina subiendo

como un pito por su laringe. Me meto la mano entre las tetas y extraigo el aparato que me mantiene viva. Tiro del cable que la conecta a mi cuerpo para que comprenda que más allá de su vista hay una aguja que se inserta debajo de mi ombligo. Al supervisor se le cae la cara de seguridad y no queda sobre su cuello más que el asombro y la sombra de unos vellos eléctricos. ¿Y eso?, me dice, mientras yo intento una explicación en inglés. ¿Eso?, repite, sin escucharme ni entenderme, eso, ¡qué cosa es!

la cicatriz

La mujer-escritora-musulmana de mi amigo-el-escritor-descendiente-judío se alegrará al oírme relatar la peripécia aeroportuaria cuando por fin llegue a Jaffa, o Yafo. Muy bien, felicitaciones, te reconocieron; ya eres una verdadera palestina. Lo dice mientras elige verduras para la cena en el almacén de un viejo de kipá que come helado de manera compulsiva, la lengua entra y sale de su boca con una habilidad asombrosa. Pisamos la calle, cargadas de bolsas. Zima me explica que el viejo es un hombre muy amable, uno que nunca distingue entre su clientela. No tiene la boca llena de categorías, dice. Judíos y musulmanes para él somos iguales. Y esta frase suya me lleva de vuelta al aeropuerto y a las evidentes distinciones entre pasajeros. Tengo la certeza de que en las horas que pasé con los tiras fui más palestina que en mis últimos cuarenta años de existencia. La

palestinidad que solo defendía como diferencia cuando me llamaban turca, alguna vez, en Chile, había adquirido densidad en Heathrow. Era una gruesa cicatriz de la que ahora quería hacer alarde. Desnudarla, amenazar con ella a las tiras que me hicieron bajarme los pantalones, desabrocharme la camisa, darme la vuelta, desconectar mi máquina. Entregarles la cicatriz en vez de ese aparato que tomaron con manos enguantadas prometiendo devolverlo de inmediato. Poner la cicatriz junto a las pastillas de azúcar que también llevaba conmigo, para emergencias. Por qué no prueba una, le dije a la experta en explosivos, sabe a naranja. Pero pensé a continuación que esa marca no era solo mía: en esa sala a la que acababan de trasladarme había otros jóvenes morenos como yo, el pelo crespo. Gruesas cejas despeinadas sobre ojos de carbón húmedo. Pronto se nos unieron dos rusas platinadas de vestidos escotados y negros, muy cortos sobre sus piernas transparentes. A ellas, que no portaban nuestra cicatriz, les hicieron, como a mí, como a todos nosotros, quitarse los zapatos que en ellas eran botas de tacón-aguja. Había que descartar bombas en los pies de esas mujeres mandadas a llamar por enamorados rusos, o clientes. Son cada vez más los rusos que han entrado a Israel, haciéndose pasar por judíos. Ese es otro problema de la seguridad israelí. Pero fue la palestinidad lo que acabó por separarme de ellas. El supervisor vino a buscarme y las rusas, reconociendo mi superioridad en el peligro, acusaron el trato preferencial que me otorgaban. *Lucky you!*, dijo una. *Special treatment!*, dijo la otra. *Indeed*, dije yo, sin volver la cara, alejándome

con el supervisor que aprovechó nuestra cercanía para advertirme que no podría subir más que con el pasaporte. Me quitó lo poco que me quedaba y me dejó en la puerta del avión diciendo, con sarcasmo o con alivio, *good trip, miss, be well*. Y ya subida en el avión, ya abrochado el cinturón, sentí el cosquilleo de la herida porque volvía a entrar una última agente. La misma que me había recomendado una vueltecita por el *duty free* a modo de calmante. No me preguntó por el *duty free*, sabía que yo de ese aeropuerto inglés no vi más que la sala de los posibles terroristas. Me pidió que le entregara el pasaporte con mi sospechosa identidad entre las páginas. La vi desaparecer por el pasillo. Los motores rugían por partir y ya la línea aérea empezaba a promocionarse en pantallas individuales. Una voz susurraba, dulcemente, su propaganda. «El Al. No es solo una aerolínea. Es Israel.»

ankar o munir

Es domingo y es noche y todavía tengo que encontrar un taxi. Ankar me ha advertido en un correo que su calle acaba de cambiar de nombre. Algunos taxistas no la conocen. No me queda energía, esta noche, para perderme por una ciudad desconocida en la que no manejo ninguna de sus lenguas. El taxista habla hebreo y ruso pero apenas entiende alguna palabra del inglés, y en ese idioma me explica que su hija algo sabe de español: lo está aprendiendo en las telenovelas argentinas que aquí

son muy populares. (Los árabes, oír después, prefieren las turcas.) Ankar me ha dicho que si me demoran en el aeropuerto puede que los encuentre a todos durmiendo. «Es casi seguro», escribe, porque sus hijos empiezan el día a las seis de la mañana y el domingo es laborable. Que no toque el timbre. Que empuje con fuerza el pesado portón de la entrada. Encontraré su departamento sin seguro y la cama hecha o más bien el sillón con sábanas. «Es probable que la luz de la escalera se apague cuando salgas del ascensor en mi piso, si eso sucede tienes que presionar uno de los botones que está al lado de mi puerta; no el botón rojo que parece de la luz; ese es el timbre. Busca el otro, el blanco.» Esto lo he memorizado sin animarme a decirle que no veo en la oscuridad. «Espero no terminar la noche en una vereda», le comento en otro mensaje. Pero a pesar de la hora y de las pastillas que toma para dormir, Ankar no solo está en pie cuando llego sino que parece listo para salir a dar una vuelta por el puerto. Paramos a comprar cigarrillos y chocolates en un quiosco que a juzgar por las cervezas debe ser cristiano. Acá en Jaffa los quioscos y las gentes están mezclados, dice Ankar. En Tel Aviv no: ahí son todos judíos. Acá hay más árabes, pero no los árabes originales, porque esos huyeron en la primera guerra y fueron reemplazados por otros, más pobres, que llegaron desplazados de otras zonas. Hay también comerciantes prósperos, o mafiosos prósperos, católicos y musulmanes, que se quedaron pero perdieron todo. Los palestinos partieron pensando que regresarían en una semana, pero no pudieron. Sus casas quedaron

abandonadas y muchas de ellas pasaron al Estado. Jaffa ahora está de moda entre la alta burguesía judía. Y entre intelectuales de izquierda, explica él, un escritor-de-izquierdas aunque más a la izquierda que esos intelectuales. Por estar en el extremo de la causa palestina, ha sufrido algún tropiezo. Pero ayuda el apellido del abuelo que huyó de los nazis austríacos dejando atrás los cadáveres frescos del resto de la familia. (Ese abuelo salvado-del-holocausto salió de Génova, eligió al azar un destino en castellano, y ya nunca quiso volver atrás, ni siquiera cuando le ofrecieron devolverle la casa familiar llena de fantasmas.) Para los estándares israelíes ese cuarto paterno de judaísmo pesa poco y para la calle es una complicación. Los árabes del barrio que juegan a la pelota conmigo, casi todos obreros musulmanes, dice, no me saludan por la calle porque temen que los crean pactando con el enemigo. Ankar se ve judío pero adentro es otra cosa. Una cuestión religiosamente inestable. Ankar nieto-de-judío fue criado cristiano por su madre. Tuvo una época animista y otra sij. Hace unos años anuló todas esas religiones pasándose al Islam. El precio de enamorarme de una musulmana, dice, enarbolando una sonrisa misteriosa en la oscuridad. Luego agrega que no le costó volver a mutar. En ningún credo la conversión es tan sencilla como en esta, explica. Repetí una frase de memoria y eso fue todo: ahora soy musulmán. Mi suegro me bautizó como Munir, *el que recibe la luz*, traduce, apoyado en una baranda sobre un mar que esta noche es un hueco negro en el horizonte. En unas horas la noche se volverá día de la misma manera expedita

en que Ankar se volvió musulmán; pero ahora es noche cerrada y a estas horas el puerto se siente abandonado, moribundo. Alguna vez este fue un punto vibrante, lleno de palestinos. Ahora se les ve muy poco por estos lados. De día casi todos son israelíes, o turistas. Jaffa ha ido encareciéndose. Una familia de clase media como la de Zima ya no puede comprar aquí. Esta es la manera de mantenerlos sin propiedad. El Gobierno puede decir que no impide la compra pero el alza de los precios es otra manera soterrada de imposibilitarla. Es otra forma de expropiación de los palestinos.

voluntad musulmana

Una voluntad musulmana, la de su mujer. Una voluntad férrea de la que yo carezco, susurra Ankar empujando suavemente la puerta que dejó sin llave. No sé si habla el Ankar de tantos credos o el Munir musulmán cuando agrega: la religión no ha podido con mis viejos hábitos indisciplinados. Su mujer está durmiendo desde las diez pero ya estará por despertar cuando regresamos de la larga caminata. Ella se levantará para rezar (y lavarse la cara y las manos y los pies varias veces como ordena el Corán) pero después de orar los cinco minutos reglamentarios (son apenas cinco, a la madrugada, pero son minutos al agua fría, minutos despabilados) se vestirá, pasará muda junto al sillón donde yo esté dormida, y hasta que no empiecen a llorar los niños se encerrará a escribir en el refugio blindado que este edificio, como

todas las viviendas israelíes, tiene en su interior. Es la parte más resistente del edificio, y aunque ahí no hay ventanas ellos han acomodado el refugio como oficina para blindarse menos de las bombas que de las distracciones. Hay otro en la calle, dice Ankar cuando le pregunto qué opinan los vecinos sobre la apropiación privada de un resguardo público. Estos son los días en que Israel amenaza con un ataque preventivo a Irán para detener la construcción de armas nucleares, los días en que se temen represalias atómicas; está sucediendo otro bombardeo sobre la ciudad sitiada de Gaza y a Ankar le acaban de comunicar que no habrá máscaras de gas para Zima ni sus padres. Solo para los niños y para él. La explicación es que los papeles de la devolución de las máscaras anteriores no aparecen. No les pueden entregar otras sin ese comprobante. Entonces: si una bomba iraní o siria cayera a las cinco de la mañana con la familia entera durmiendo desenmascarada, a Zima podría salvarla su voluntad de encierro en el búnker de la escritura. No termino de decidir si sería un hecho de justicia poética o divina, o si sería una maldición sobrevivir ella sola y encontrarse a los demás ahogados por el gas entre las sábanas, sus máscaras sobre el velador. Decido pensar que sería una salvación merecida, la suya, porque lo que motiva sus madrugones y sus horas de encierro es una misión: concluir un relato que se propone ayudar a otras musulmanas a encontrar en sí mismas la clave de la integridad. No en las normas fanáticas de ciertas corrientes islamistas sino en la frontera difícil que ella habita como musulmana casada pero destapada. Porque ir

de pelo suelto y jeans resulta incorrecto en los círculos más cerrados de la fe. Zima no cree que en el velo o en la burka esté la clave de la virtud. Que la honestidad pueda reducirse al uso de un pañuelo alrededor de la cabeza. Hay mujeres manteniendo apariencias sin un sustento moral, dice a la hora del desayuno Zima, una mañana entre tantas. Alternando un estudiado inglés y su nuevo castellano conyugal, habla largamente contra la hipocresía haciendo pausas para recuperar la entonación. Sí, asiente, mordiendo un pedazo de pita, hipocresía, y se me queda mirando, suspendida en esa palabra y en ese pedazo de pan, entre sentenciosa y resplandeciente. Y yo asiento a todo porque comprendo lo que dice esta mujer que podría ser mi hermana, que podría haber sido yo. Asiento mecánicamente a la vez que rechazo esas vicisitudes religiosas que ella sufre. No sirve que yo niegue o acepte su credo y por eso también asiento: para no ponerla en contra, para que no intente convencerme o no logre tentarme con su fe; para que no se acorte definitivamente la distancia entre ella y yo. Sigo escuchándola en silenciosa atención mientras intento clavar una bola de queso que flota, escurridiza, en el aceite.

la cabeza a dos manos

Parten los niños a la escuela o a la casa de la abuela que los cuida mientras ellos trabajan. Zima diligente en su oficina, de martes a sábado. Ankar en la mesa del desayuno todos los días. Yo no hago más que dar vueltas por

la sala acechada por el fantasma de la cafeína. Pero no puedo simplemente salir a conseguir un café o meterme a un café a curarme el dolor de cabeza, me avisa Ankar asomando los ojos por sobre la pantalla. Las mujeres no van solas a las cafeterías musulmanas, me recuerda volviendo a esconder la vista. Evoco la tetería de Marruecos donde una vez intenté pedir una taza de agua hirviendo llena de hierbas y no conseguí más que miradas masculinas; tuve que lanzarle al camarero unas cuantas palabras torpes en francés para hacerle ver que yo no era una musulmana en busca de clientes. Yo misma me había disfrazado con un vestido largo y un pañuelo sobre los hombros para pasar inadvertida en los mercados, para no atraer a los vendedores callejeros en busca de extranjeros; pero mi camuflaje, por eficaz, me había jugado en contra en la tetería. Me froto ahora la cabeza a dos manos: tendría que saber encontrar un café israelí en un barrio árabe pero no me veo capaz de estas distinciones. No sé si soportaría ahora otras miradas de sospecha. Ankar termina el lento teclear de una frase y hace aparecer toda la cara al cerrar su computadora. Quizás no le sentara mal acompañarme, dice, alargando un bostezo, y agregando: Hace cuánto que no me tomo un expreso.

pueblos hundidos

A la entrada de la estación de buses de Tel Aviv un hombre nos detiene. Que abra mi bolso para introducir, él, una

linterna. No se asoma a mirar qué llevo dentro. Palpa mi bolso por debajo como calculando el peso de una mercancía. Eso es todo en esta estación, pero en la de Jerusalén habrá que añadir el detector de metales, las pantallas, los guardias negros rescatados de Etiopía y acogidos bajo el lema igualitario que otorga la religión en exclusiva a los judíos. Esta operación de seguridad se repite con tanta frecuencia que después de unos días, a la menor provocación, aun en circunstancias que no lo ameritan, le abriré mi bolso a cualquier desconocido casualmente apostado en una puerta. Las sucesivas revisiones pronto dejan de abrumarme pero la constante presencia militar me sobrecoge. Es aún más densa aquí que en los tiempos de la dictadura chilena: nuestros milicos iban armados hasta los dientes pero no se mezclaban con los ciudadanos. Constituían una anomalía, una rareza destinada a desaparecer. Aquí son aceptados como una necesidad de la que pocos quieren prescindir. Estos uniformados indican con su sola energía adolescente y sus zapatones que cada centímetro es campo de posible enfrentamiento. Y nosotros subimos con esos conscriptos por las escaleras mecánicas de la sórdida estación de Tel Aviv. Me pongo a la cola con ellos que van siempre en grupo. Algunos sin armas, otros portando metralletas gastadas. Esta juventud militante se sube al mismo bus con nosotros, con cafés y pasteles en los mismos cartuchos de papel, observando por la ventana, delante y detrás nuestro, la misma pulida carretera que nos llevará a una ciudad que no es una sino muchas. Una Jerusalén atravesada por un muro que

a trozos es de alambre, que a veces divide entre israelíes y palestinos y a veces entre palestinos y palestinos de un mismo barrio. Pero no hemos llegado a la complicación de Jerusalén, todavía. Seguimos todos juntos avanzando sobre ruedas, sobre el asfalto. Me pregunto qué verán los conscriptos afuera mientras Ankar y Zima me señalan el sitio de uno de los quinientos pueblos arrasados a la vera del camino. Lo que asoma entre la hierba son hileras de cactus que fueron inútiles cercos de protección. Quedaron ahí, plantados y eternos, como señal de lo desaparecido. Espinosos monumentos alrededor de la ausencia. Los dejamos atrás sin olvidarlos mientras sostenemos la única conversación posible: una oculta entre lenguas. Ellos no hablan castellano, me asegura Zima en un acento arrancado de América Latina y trenzado con otros tres idiomas. Y lo que ven, agrega, no es un judío con dos posibles palestinas sino forasteros pasando del inglés a algo que no reconocen y que desactiva su instinto defensivo. Turistas, piensan. Gente de la que no hay que preocuparse así como tampoco nosotros nos preocupamos por ellos. Abordamos la treta de la extranjera y ya en Jerusalén seguimos a Zima: ella encabeza nuestra marcha entre la estación del oeste y la del este. Entre ambas hay un taxi carísimo y otro abrir y cerrar de bolso en un control de seguridad. Encontramos en la nueva estación la salida que indica Beit Jala y Belén, antes territorio de cristianos que se está llenando, como ahora nuestro bus, de musulmanes. Cisjordania tiene, en el mundo, apunta Zima, la tasa más alta de conversión del cristianismo al Islam. Lo cual habla bien de su tolerancia

religiosa, dice. O de su desesperación, digo yo. Eso también, acepta ella sin voltear la cabeza. Algunas mujeres levantan sus miradas alborotadas por nuestras cabelleras. Debemos ser extranjeras también para ellas. O cristianas, me advierte ella musulmanamente, y eso también es complicado, agrega, porque aquí los cristianos son pocos pero son la clase alta de los palestinos. Y en esto sin duda hay tensión, dice, pero ya no dice más mientras avanzamos entre mujeres completamente envueltas.

tu apellido no es meruane

No sé qué esperaba sentir cuando me encontrara con Maryam Abu Awad. Estábamos esperándola en la plaza Chile de Beit Jala, debajo de la placa conmemorativa y bajo el tibio sol de marzo, junto a unos soldados que quizás fueran palestinos. No sé si esperaba ver en ella un rasgo familiar o sentir un palpito, recibir la campanada de un reconocimiento genético. De pronto alguien alza una mano y cruza la calle haciendo señas. Nada. Ninguna emoción, apenas desasosiego: esto podría ser un error. Esa mujer bajita y casi vieja podría estar buscando a una sobrina o a una amiga que no soy yo. Y ahora esa mujer se está abrazando a mí sin preguntarme si verdaderamente soy quien ella cree. El lado menos escéptico de mi cerebro me exige representar el rol para el que he viajado de tan lejos y responder a ese beso suyo, a ese apretón, y seguirla hacia su casa. Emprendemos un camino por calles laterales, nos metemos por un pastizal y

luego por un descampado que acorta el trecho pero también hace peligrar mi equilibrio. No el suyo. Ella se va quejando de la vejez pero a paso cerrado me saca una ventaja humillante; yo cojeo detrás, tanto andar por tierra supuestamente santa me ha roto los talones. Oigo que me pregunta con cierta inquietud quiénes son esos amigos míos que nos siguen de lejos: si judíos o musulmanes. (Mi padre me ha hecho la misma pregunta sobre Ankar, por correo, y tras mi larga aclaración ha dicho: «Tu amigo, sin duda, debe ser una excepción».) Desvío la pregunta de Maryam con otra que vengo rumiando desde hace meses, la pregunta por nuestro apellido compartido. Me intriga saber si hay alguna conexión sahariana o argelina. Si existió una traducción del árabe. Si Meruane no sería un nombre como Maruan o Maruani transformado en el precario trámite migratorio de principios de siglo. Maryam, que lleva un Meruane detrás del Abu Awad, me interrumpe con ese castellano gastado de los ya lejanos años que pasó en Chile: Ustedes no son Meruane. Apuro el paso con el dolor de mis talones y le digo: ¿Cómo que no somos Meruane? No, dice, sin agitarse. Ustedes son Saba. ¿Sabaj?, pregunto yo casi afirmando, Sabaj o Sapaj, porque esa parte de mi familia recibió nombres distintos al ingresar a Chile. No, no, repite y afirma: Saba. Los Sabaj son otros. Y lo que sigue es una aclaración genealógica o clanológica hecha en un castellano tan confuso como lo que no termina de contarme. En ese momento detiene su carrera frente a una gran casa de piedra y exclama es aquí, ya llegamos. Pero yo no miro esa enorme mole blanca

en la zona alta de la ciudad. Algo se revuelve en mi cabeza. Algo se viene abajo. Si yo no soy Meruane entonces esta mujer que dice ser mi pariente no es nada mío. Pero hay algo aún peor: si nosotros no somos Meruane, entonces, quién soy yo.

sensores descompuestos

De pronto aparece la hermana de Maryam y se me abalanza exclamando en su tenso inglés: ¡Sé que eres tú y no ella! Me estruja apartando a Zima de mi lado. ¡Mi sangre me lo dijo al verte! Su inglés-palestino resuella en mi oreja pero mis sensores siguen descompuestos. No siento nada más que la alegría de alegrarla y una rara envidia creciendo ante su dicha. Ahora estamos todos sentados en la sala y no sé de qué hablar con esta parte de mi pasado que se ha vuelto un incómodo presente. Maryam sale al paso hablándome de su madre, la sobrina de mi abuelo. Me habla de los negocios de su padre nacido en Bolivia pero retornado a Palestina, de su tiempo en Chile y de otros viajes que me cuesta retener, porque se suman los desplazamientos y las fechas, los nombres desconocidos de mi parentela. Maryam me pregunta por otros Meruane. (Son Meruane, me digo, resentida, por más que ella diga que son Saba.) ¡Pero cómo puede ser que yo conozca a más Meruane que tú!, acota, con asombro, como si fuera mi tía-la-primo-génita llamándome la atención, aunque ella, en rigor, es mi prima, una prima lejana y también mayor. Tiene

razón: yo solo conozco al clan más cercano. Los otros apenas me sueñan. Algunos, ni siquiera. Pero las explicaciones tomarían demasiado trabajo y obligarían a desenterrar todo un vocabulario. Maryam se ahorra ese esfuerzo mostrándome una foto antigua de mis abuelos junto a mi padre, de chaqueta y corbata, y a mis cuatro tías de entonces, todas espléndidas con sus tocas. Mis abuelos al medio, él pelado y de bigote, ella adusta, de vestido floreado. Espero en vano que aparezca un álbum que alguien dijo debía existir en esta casa, porque mi abuelo mandaba cartas y fotos que el otro lado de la familia debía guardar. Álbumes documentando nuestros nacimientos, nuestras infancias, nuestros tropiezos. Pero ese retrato es todo lo que hay de nosotros aquí, esta única imagen en sepia y estas mujeres que la atesoran.

casas con niños

La conversación avanza al presente y se llena de quejas. Por qué no he venido más tiempo. Por qué no me quedo a dormir. Por qué mi padre no ha pasado nunca a visitarlas. (Miro a Zima, ella me mira a mí y sonrío levantando levemente las cejas.) Cae la pregunta por los hijos que no tengo o que no tuve pero que debería tener: las casas sin niños son muy tristes. Ni Maryam ni su hermana los tuvieron y no me parecen afligidas. Eso les digo. Maryam contesta que pasemos a la mesa. Pensaré después que en esa ansiedad por la casa sin hijos se urde otra angustia. Aquí se vive una guerra reproductiva y los

cristianos que quedan suman apenas un tres por ciento. Recordaré que Golda Meir, repitiendo, ya en sus años de primera ministra, las palabras de los viejos sionistas, agradecía que Dios hubiera provisto al pueblo judío de una tierra sin gente destinada a ser poblada por ellos. Recordaré también que por más que el de «una tierra sin gente para una gente sin tierra» tuviera encanto, Meir reconocería sufrir de pesadillas a propósito del galopante crecimiento demográfico de esos palestinos que siempre estuvieron ahí. Hay casi tantos como judíos en estas tierras. Multiplicarse es un mandato que los musulmanes cumplen alegremente mientras los cristianos disminuyen. Me quedaré pensando en la ausencia de cristianos del futuro palestino a partir de algo que agrega Maryam, de improviso. Son malos, dice, a través de la mesa y del pollo con almendras, de la montaña de arroz blanco, malos, repite, echándole un ojo confuso a mi amigo-el-escritor con cara de judío. Entendemos a quiénes se refiere y ella lo sabe. Y quiere explicarme a qué se refiere pero cansada del castellano se lanza al árabe y a Zima. Maryam entona una voz nueva que nuestra traductora asume y versiona solo a medias, titubeando. Dice Maryam en árabe, dice Zima en un castellano que de pronto suena impregnado de Chile (como si Zima se hubiera contagiado de mi acento o estuviera ahora hablando por mi boca), que el final de Israel ya está cerca. (Ankar nos mira a ambas de reojo como si él no entendiera ninguna lengua.) Maryam insiste que lo ha anunciado un predicador que tiene poderes premonitorios. Zima acota, injertando

información propia en esa traducción libre, que su padre le ha dicho lo mismo, que en Jaffa corre ese rumor. Mucha gente, me dice sin involucrarse pero haciéndome parte de ese decir, mucha gente cree que Israel se acerca a su desaparición.

insha'allah

Nos dan las cuatro y mis anfitriones anuncian que deben regresar, por los niños. Nos dan las cuatro y media y Maryam anuncia que no podemos irnos sin un regalo para mi tía-la-mayor: nunca se perdonaría no corresponderle el que ella le mandó, por más que ese regalo de mi tía pasara por sus manos sin producir efecto. Lo que importa es la exacta devolución del gesto. Dan las cinco. Me atrevo a insinuar que querría ver la casa de mi abuelo antes de partir. No hay tiempo, dice Maryam, saltando del sillón. Zima hunde sus pequeños ojos negros en la alfombra. Se deja tomar de la mano por Ankar, que tampoco me mira. La decisión está tomada, no hay cómo revertirla. Iremos de compras a Belén y luego podremos irnos. Y cuando yo vuelva con más tiempo, dice Maryam, su hermana asiente, me llevará a esa casa con galerías y pilares de medio punto y balconada igual a esta. (La imagino así pero luego descarto la idea: Abu Awad era rico, mi abuelo era huérfano.) Se pospone la visita para la próxima vez y yo temo que nunca ocurra esa visita pero que el deseo de ver la casa de mi abuelo me deje atada para siempre a la posibilidad de Beit Jala.

Además, dice Maryam, a ti te duelen los pies, jamás podrías caminar hasta allá. Desandamos entonces el camino, cuesta abajo, y yo voy fijando la mirada en las calles y esquinas y en el cielo sonrojado, y sobre todo en los techos de las casas a lo lejos: acaso entre ellas esté la de mi abuelo. Tomamos un taxi amarillo-canario y enfilamos al mercado. Maryam insiste en comprar una cartera de imitación que mi tía no necesita: la disuado pero consigue que yo acepte llevar dos kilos de almen-dras y una pasta de dátiles que nunca me dejarían pasar por la aduana chilena. Compra para mí unas velas decoradas con letras árabes y un paquete de esa especia oreganada que aquí llaman *zattar*. Maryam incluso paga la bolsita de *loos* que acabará en la boca de Hamza. Veo que Zima mira nerviosamente la hora y me despido prometiendo volver pronto, aun sabiendo que quizás nunca lo haga. *Insha'Allah*, responde ella en un susurro triste que sueña a mantra, *Insha'Allah*, dice, *Insha'Allah*, *Insha'Allah*, hasta que dejo de oírla y lo que queda es el recuerdo de su voz.

casa tomada

Mi tía-la-primera me preguntará semanas después, por teléfono, si Maryam llegó a contarme de la vez que estuvo prisionera en el segundo piso de su casa. Varios días impedida, ella y su hermana, de bajar. Los militares israelíes inspeccionaron el primer piso en busca de algo o de alguien que no pudieron encontrar, y se quedaron unos días esperando que alguien o algo apareciera. Hicieron

un bosquejo del interior de la casa, sacaron unas cuantas fotografías, miraron a la gente posando en blanco y negro dentro de los marcos y tomaron nota de sus rostros. Acaso tenían un dato equivocado o simplemente estaban haciéndole saber a esas dos hermanas solteras y ya mayores que ellas y sus pertenencias quedaban fichadas. Que la presencia militar en Beit Jala era inexpugnable. Que en cualquier momento podían regresar. No recuerdo qué más me contó Maryam, me dice mi tía, ¿a ti no te lo mencionó?, insiste, expectante, buscando la confirmación de ese relato que se ha ido deslizado por su recuerdo. Yo me detengo a pensar al otro lado de la línea. No, le digo, se nos hizo corto el tiempo. En cuanto cuelgo con mi tía regresa, sin embargo, muy nítida esa frase de Maryam, son malos, vuelve su mirada asustada, son malos, y se me revela el sentido de ese susurro acusatorio atravesando la mesa, malos, pasando por encima del pollo con almendras y el arroz, malos, muy malos, y comprendo que ella estaba resintiendo la escena del hambre y de la impotencia y del terror en su propia casa. Sin decirme nada me lo estaba diciendo.

mirar el mar

El bus que nos regresa de Beit Jala mantiene los motores encendidos mientras nos bajamos, uno a uno, y hacemos fila rodeados de conscriptos. Quince o veinte minutos en ese páramo militar conocido como *checkpoint* contestamos preguntas y mostramos nuestros papeles.

Balanceo en una mano el pasaporte chileno, al que, alertada por Ankar, acabo de quitarle la etiquetita roja, y numerada, que acredita, acabo de enterarme, mi alta peligrosidad. En la otra, la derecha, mi tarjeta verde. Es esa la mano que se estira hacia el soldado mientras la zurda esconde el pasaporte. Empieza a anochecer cuando dejamos el segundo puesto de control. Hemos tenido suerte, dice Ankar, podrían haber sido más. Más paradas y más largas y más complicadas si alguien hubiera estado en alguna lista. Mucho más tiempo. Por eso había que salir temprano, se disculpa Zima, y bajando la voz agrega que el *checkpoint* es un muro móvil donde Israel nos recuerda su soberanía sobre los territorios palestinos, que ese control forma parte de una política sistemática de acoso. Entorpece el viaje de los palestinos hacia Israel y dentro de lo que queda de su territorio, pero aún más grave es la construcción de muros de concreto, de carreteras privativas para los colonos, de asentamientos que irrumpen e interrumpen la continuidad del territorio palestino y la unión entre pueblos cercanos. Nuestro mapa está intervenido por los asentamientos y nuestras ciudades se han vuelto espacios sofocantes de los que cuesta salir. Incluso para ver el mar, agrega Ankar. El mar, repito, de pronto recordando que los cisjordanos ya no tienen costa y que Tel Aviv está construida al borde del océano. Recuerdo que la mujer sentada a mi lado en el avión no entendía que yo no hubiera puesto un traje de baño en mi maleta: nunca pensé en el mar. No me he acercado a mirar la playa. A veces, Ankar continúa hablando sin detenerse en mi

asombro, en alguna ocasión, alguna familia logra salir de Cisjordania y acercarse a mirar las olas. Son casos raros, dice, porque a los palestinos los tienen apresados dentro de sus territorios. Y se supone que los israelíes tampoco pueden entrar en esta zona: podrían ser atacados, y una víctima judía es un grave asunto diplomático, un asunto que podría detonar una guerra. No pueden entrar porque podrían ser activistas de izquierda y eso es aún peor. Pero los israelíes sí entran, aclara Zima, entran todo el tiempo, a comprar, porque todo es más barato aquí, y entran a tomarse tierras que reclamarán después como propias. También son más baratas, exclama con ironía. Ankar mira a Zima con alarma, Zima mira sobre mi hombro un instante y de inmediato se calla.

enredarse en un pañuelo

Me compro un pañuelo aunque Ankar me ha dicho que no hace falta. «Aquí las mujeres que quieren se lo ponen y las que no, no», me escribió en alguna de sus cartas. «En mi matrimonio había desde burkas integrales hasta escotes de vértigo, y en muchos casos unas y otras eran hermanas o primas. En Cisjordania es posible que te sientas más cómoda con el pañuelo. Zima a veces se lo pone cuando vamos buscando crónicas. Pero no porque nadie te diga que debes ponértelo, sino porque los hombres están menos acostumbrados a ver mujeres descubiertas que en el lado israelí. Sin pañuelo tendrías muchas miradas encima. Tú decides. De cualquier manera

en caso de querer un pañuelo te recomendaría comprar una *hiyab*. Si la idea es verte local y no como correspondiente de la BBC, es mejor comprarla aquí.» Eso hago. Por cinco shekels consigo un pañuelo negro y me lo enredo al cuello, a la francesa. Me detengo en una esquina a esperar que cambie la luz. Siento una mano por detrás, o más bien un dedo sobre mi hombro y una voz que formula una pregunta que no entiendo. Ni siquiera podría asegurar qué lengua es y sin fijarme demasiado respondiendo, en inglés, disculpe, no hablo ni árabe ni hebreo. La mujer que preguntó me mira con espanto. ¿Árabe? No debe ser árabe, ella, por la cara que pone cuando dice esa palabra. ¿Árabe?, en inglés, con horror, ¿pero quién está hablando árabe aquí? Alguien a su lado murmura en su oído, supongo que en hebreo, porque hablan entre ellas y sus rostros se endurecen. La acompañante me dice que la otra, la que preguntó, quería saber la hora. Pensó que usted era israelí, esto es Israel, me dice. Se confundió, le digo, no soy israelí y no tengo hora, y desenrollando mi pañuelo del cuello empiezo a enredarlo alrededor de mi cabeza.

cámaras entre púas

Las cuatro partes de la ciudad vieja tendrían que parecerme extraordinarias, sus mercados judío, armenio, cristiano y musulmán tendrían que entusiasmarme. Las guías pregonan que la vieja ciudad amurallada es inolvidable y yo busco algo especial en ella, algo que deje huella en

mi memoria transeúnte. Camino por sus callejuelas atestadas de gente seguidora de todos los credos y de objetos de varias tradiciones. Y regateo con algún tendero que me duplica sin duda el precio de un cojín. Y bajo escaleras que destellan una belleza abigarrada y caótica, y me pierdo por templos y pasillos de piedra o de tela hasta que encuentro la luz de un cielo abierto y lo que veo me sobrecoge. Una construcción precariamente equilibrada en la cima de piedra de la ciudad vieja. Una casa o caseta alambrada: una visión imposible. Vuelvo al mapa, repienso mis pasos; busco coordenadas y las encuentro. Esta es la zona musulmana. ¿Pero qué hace aquí esta construcción protegida por púas, premunida de cámaras de vigilancia, de banderas blancas con estrella celeste? Apunto, yo, mi pequeña cámara y disparo una foto llena de color: esta es la imagen que no debo olvidar nunca.

niños indistinguibles

Esta ciudad es Jerusalén. Esta es la escuela Max Rayne. Este judío que se asoma a la entrada se llama Ira y no es el director sino el funcionario de una organización que sustenta las cinco escuelas integradas de Israel. Ankar y yo hemos venido a conocer esta institución excepcional que acoge a niños árabes y judíos para proporcionarles una educación bilingüe y multicultural. Las ventanas de la escuela se asoman a una línea de tren que funcionó hasta 1967 como línea fronteriza. El movimiento de los

bordes, el ensanchamiento de la soberanía israelí tras esa guerra, dejó sin uso la vía y permitió la unión del pintoresco barrio árabe de Beit Safafa bajo Israel. Ese barrio lleno de árabes ha crecido dramáticamente: así dice Ira, que es alto y flaco y nada airado, y que habla con perfecto acento norteamericano durante el recorrido por la instalación. Nos habla con energía y entusiasmo cuando destaca el aporte de la escuela en la gesta de la paz futura. Algunos de los alumnos que lo escuchan no parecen tan convencidos, pero Ira es incommovible en su convicción. Es imposible arañar su discurso con nuestras inquietudes. Proclama, primero, que los niños son indistinguibles: nadie podría asegurar a qué tipo de familia pertenecen. Proclama, segundo, que la idea de que los árabes son más oscuros que los judíos no siempre se cumple. Proclamas sucesivas: los niños se ven y se visten igual, escuchan la misma música, leen las mismas revistas. Y aprenden las mismas lenguas, incluyendo el inglés: en ese tercer idioma nos hablan ellos cuando Ira los invita a hacer declaraciones. Donde se diferencian, añade Ira sin sonreír, es en el equipo deportivo que apoyan. Y en la religión, corrige Ankar. En la religión, asiente Ira, pero disfrutan de las mismas vacaciones religiosas. Aunque en versión recortada, porque los feriados son muchos y muy largos. Pero habrá alguna otra diferencia, y no pocas tensiones entre ellos, sugiero yo, pensando en las sabidas crueldades de la vida escolar. Ira reflexiona un instante y acepta que las hay. Son estas. Los árabes conocen mejor a los judíos de lo que los judíos los conocen a ellos. Saben más de su cultura y de

sus tradiciones y de su religión. Y aprenden mejor y más rápido el hebreo que los niños-judíos el árabe. Por más que los dos maestros en cada sala hablen su idioma sin recurrir a la traducción, los árabes están más expuestos a la lengua dominante. Y cuando se les acerca un compañero judío la cortesía les obliga a pasarse a la que todos hablan mejor. Además, mientras la totalidad de los apoderados hablan hebreo solo algunos padres judíos se manejan en árabe. Esos padres quieren que sus hijos conozcan a los árabes, que crezcan con ellos, y a pesar de las diferencias (Ira me lanza una mirada reprobatoria) terminan por amistarse. Y los padres (israelíes de izquierda, políticos, periodistas de *Ha'aretz*, intelectuales) también hacen ese esfuerzo. Quieren romper los prejuicios y los estereotipos, quieren entender a los otros y crear comunidad. Ser parte de la solución, no parte del problema. Pero no es fácil, esto también lo reconoce Ira cuando logra desprenderse del hombre-relaciones-públicas que lleva dentro. Y no nos sirve que ambos lados se presenten como víctimas, dice, levantando la mano para saludar a un profesor que pasa raudo por su lado, sin detenerse, como escapando. Estamos tratando de salir de esta situación creando una atmósfera distinta, dice, y agrega: dejando de ver a la gente como representantes del Gobierno o como representantes de Hamás; intentando ver a cada uno por lo que es como individuo. Acá lo que imponemos no es que la gente esté de acuerdo. Lo que se exige es escuchar y respetar al otro aun cuando haya disenso. Hemos impuesto muchas reglas: no se pueden usar nombres denigratorios

ni se puede insultar a nadie. Hay que aprender a hablar y a discutir sobre los hechos. Debe de ser cambio de hora: pasan por nuestro lado varios niños corriendo indistinguibles. Ira los ve alejarse, nosotros, junto a él, los vemos desaparecer en el umbral de una puerta que se cierra. Ira aclara la voz y nos dice que cuando los alumnos regresaron de las vacaciones tras la última guerra en Gaza, la escuela los reunió durante tres horas para discutir el asunto. Ocurrió algo sorprendente, acota Ira, y se apronta a asombrarnos. Ni todos pensaban lo mismo ni pensaban de la manera esperable. Algunos niños-judíos se oponían a las acciones del Gobierno diciendo que no estaba bien lo que hacía. Algunos niños-árabes se preguntaban qué podía hacer el Gobierno si desde Gaza lo atacaban con misiles. Permanezco un momento encandilada por la posibilidad de los relatos invertidos. El hechizo lo quiebra el niño que se nos acerca hacia la salida de la escuela. Interrogado por Ira ese niño árabe se aparta libremente del libreto para hablarnos de los mensajes de odio que aparecieron hace unos días en los muros de esta institución. Contra la escuela, dice el niño, contra nosotros, los alumnos árabes. Ira lo interrumpo para asegurarnos y asegurarse a sí mismo que esos rayados no tuvieron ninguna relevancia. Ira lo manda de vuelta a clases pero el niño árabe insiste en los detalles, otra vez, las manos moviéndose nerviosas por el pecho como si quisiera asegurarse de que su cuerpo está presente.

Una situación tan extrema como la que aquí se vive no ayuda a las posiciones intermedias. Zima me asegura, otra noche, sin embargo, que pese a todas las dificultades está contenta de haber nacido aquí, de estar trabajando por la convivencia aquí, de estar criando a sus hijos cerca de su familia. Pero permanecer la pone en entredicho. Para los israelíes, dice Zima, palestinos son los que viven en Gaza o en Cisjordania, no los que habitan dentro de sus fronteras como minorías. Nosotros para los sionistas somos árabes, y para los moderados, árabes-israelíes que le deben lealtad a Israel. Esta situación los enfrenta a los palestinos-de-afuera, que los acusan de haberse aliado al enemigo. De haberles vendido sus tierras. De beneficiarse de ciertas ayudas del opresor. De haber traicionado la causa. Zima confiesa que ella antes también veía traidores en todos los palestinos. En los que huyeron durante la catastrófica *nakba* de 1948 —cuya conmemoración, el mismo día de la independencia israelí, está censurada—. En los que negociaron la paz para mantener sus casas. Los drusos, por ejemplo, dice Zima, que además de ser muy guapos (los ojos le brillan cuando dice esto) solo se casan entre ellos, y mantienen un libro secreto que nadie más puede leer. Lo mismo los beduinos, también negociaron. Mientras lava los platos y las ollas y los tantos vasos sucios del día, Zima dice haber comprendido con el tiempo que su familia no había traicionado: permanecer es seguir marcando la presencia de una ciudadanía palestina que los

israelíes intentan negar. Yo soy parte de una minoría oprimida, yo soy una palestina-48, anuncia, y aquí comienza mi mareo numerológico. Si los palestinos-48 son los que se quedaron, ¿cómo se les llama a los que partieron? Todos los que se han ido reciben el nombre de refugiados, dice, y mantienen un estatuto intermedio: no pueden adquirir ciudadanía extranjera sin perder su derecho a regresar, pero si no regresan estarán para siempre en un limbo. Ese limbo de pobreza y represión donde cunden las promesas de libertad a cambio de violencia. ¿Y los palestinos-67 quiénes son entonces, los que se quedaron o los que huyeron en la guerra de los Seis Días? Los que quedaron dentro de la zona anexada por Israel en 1967. Espero que Zima termine la lavada para preguntar qué serían mis abuelos. Zima se queda un momento pensando. Dentro de este contexto..., carraspea, empezando a secar los vasos, esos palestinos... no sé si cuentan. No sé si existen... Ya pasó un siglo, me dice, dubitativa, ¡pero debe haber alguna categoría! A lo mejor califican como refugiados a secas. No, Zima, le digo yo, contrariada por esta palabra. Considerar a mis abuelos como refugiados sería trivializar una condición completamente adversa, unas vidas desplazadas y obligadas a no renunciar nunca. Es cierto, dice Zima, pero importa no olvidar que la palestina es la comunidad de refugiados más grande del mundo. Y que la condición de refugiados para los palestinos y solo para ellos, o nosotros, es hereditaria. Importa sostener esta herencia no porque todos lo pasen mal, sino porque han sido desplazados por circunstancias históricas.

Lo que importa es no perder la posibilidad del regreso. Reivindicarlo. Decidir volver y quedarse..., dice, intensificando la mirada sobre mí. Y se arregla una mecha crespada detrás de la oreja, Zima, y yo me arreglo la mía como frente a un espejo. Me imagino diciendo las mismas palabras si me hubiera tocado nacer en esta esquina violentada del mundo. Porque mi vida pudo ser esta. Con o sin hijos. Con o sin tierras. O armas.

muros de gaza

«Gaza es una gran cárcel al aire libre, rodeada de muros de concreto alternados con torretas y alambres enrollados y vigilada por aire, mar y tierra. El territorio más densamente poblado del mundo, y muy pobre», contestó Ankar en un mensaje de febrero cuando le pregunté por la posibilidad de entrar en esa ciudad. «Es prácticamente imposible, a menos que vengas con un permiso especial de una misión internacional con lealtad probada a Israel, o a menos que tengas muchos contactos en el Ejército, afuera, y un pariente enfermo en riesgo de muerte, adentro. Las flotillas con activistas de todo el mundo son una de las dos únicas formas de entrar y de llevar comida, medicinas o materiales de construcción (aunque se corre el riesgo de un ataque del Ejército israelí, que es casi como un ataque de Dios mismo). La otra forma es ir a El Cairo, viajar hasta el borde, por el desierto, y pasar corriendo por un puesto de control como si fueras una mujer de Gaza sin documentos. Pero

ahí el riesgo se duplica porque hay dos ejércitos no coordinados cuidando la frontera: el egipcio y el israelí. Algunas ONGs grandes con sede en Tel Aviv y nexos con Estados Unidos y no muy de izquierda meten a algunos de sus miembros, pero muy de vez en cuando. Lo de entrar tan pronto y sin disculpa tramitada y sellada lo veo imposible.» No dejé que el mensaje de Ankar me desanimara. Contacté a una representante de Unicef. Que lo olvidara, me dijo en un correo, y me invitó a Ramallah en vez. Una activista italiana me confirmó que se había vuelto «extremadamente difícil y últimamente muy pocos lo logran. Entrar a Gaza por el paso de Rafah es más fácil, pero aun así mucha gente espera por días y tampoco lo consigue». Toqué alguna otra puerta pero Gaza parecía cerrada con candado. La llave se la había tragado Israel y estaba bombardeando a los palestinos atrapados en su interior. Bombardeándolos otra vez: en una intensificación de su política de lento estrangulamiento ahora les lanzaba toneladas de muerte. Era como si se empeñara en limpiar el terreno antes de abrir la cárcel. Como si fuera necesario cerrar la entrada para que nadie viera el horror de la vida y de la muerte entre sus muros. Iba a ser tarde después, pensé, cuando ya no quedara nada, cuando ya no hubiera nadie para contar cómo había sido resistir ahí dentro.

a quién temerle

No deben tener más de veinticinco años y son norteamericanos. Alan es judío. Anne no es más que una activista sin credo religioso pero políticamente comprometida. Ambos trabajan con una tropa de palestinos e israelíes contrarios a la integración que proponen ciertos sectores y a favor de la convivencia entre dos pueblos distintos, donde nadie se vea forzado a renunciar a lo propio ni al derecho de reclamo. Es Zima quien me habla de ellos, Zima quien hace el contacto, Zima quien me despierta esa mañana y me despide con bendiciones islámicas mientras Ankar duerme. Ya no necesito escoltas este viernes que es el último del mes: el día en que los activistas llevan gente a lugares que muy pocos quieren visitar. Una extraña clase de turismo, el del dolor ajeno, que visto de tan cerca acaba volviéndose propio. Antes de partir desde Jerusalén los diez apuntados llenamos una encuesta anónima que repetiremos al final, quién sabe para probar qué tesis o con qué fines estadísticos. Recibimos a continuación una hoja informativa que devolveremos más tarde: el presupuesto es escuálido. Esta hoja es imprescindible: durante el trayecto ellos no podrán hablarnos de lo que hay a los costados de la autopista. Deberemos ubicar, observando y adivinando, los hitos señalados a medida que aparecen en la ruta. Uno: el túnel por el que no pueden circular los palestinos. Dos: el muro de concreto que no solo separa Israel de los territorios sino que además a estos los divide. Tres: los edificios de techo rojo que distinguen a los

controvertidos asentamientos de Gush Etzion de las demás casas palestinas. Cuatro: Al-Arroub, el campo de refugiados en la ladera de un cerro, en una curva del camino. Y quinto en la lista: el enorme asentamiento de Kiryat Arba a la entrada de Hebrón: nuestro primer destino. En esta autopista solo pueden circular israelíes y en este bus a prueba de balas viajan sobre todo colonos. El inglés no nos sirve de guarida porque muchos colonos han venido de Estados Unidos. (Era originario de Brooklyn, ahora recuerdo, Baruch Goldstein, el colono que en 1994 ametralló por la espalda a 29 palestinos mientras rezaban y fue asesinado después a golpes por los sobrevivientes.) Es con esos colonos israelíes o *made in USA* que nos bajamos en una parada desierta. Ha estado lloviendo a cántaros y yo me he olvidado del paraguas. Me sumo a los otros nueve pseudo turistas para protegerme de la lluvia mientras recibimos una breve reseña de los acontecimientos históricos en esta zona. Esperamos que escampe un poco pero no escampa nada y no podemos perder más tiempo. Nos internamos en descenso por un camino de tierra resbalosa. El Ejército israelí desciende también veloz en sus tanquetas, levantando agua y barro a nuestro alrededor. Un soldado de carabina nos hace señas desde el último piso de un edificio a medio construir: el hormigón pelado, los fierros desnudos, el soldado encima. Nos lanza gritos y bracea en el aire pero nuestros guías no se detienen y yo apuro el paso alarmada. Metros más adelante nos sale al encuentro una tropa de niños árabes gritando frases que tampoco entiendo. A quién hay que temerle aquí, le

pregunto a Anne cuando por fin la alcanzo: a los palestinos o al Ejército. Bajando la voz y dirigiéndola hacia mí retruca una pregunta seguida de una respuesta: ¿Para tu seguridad inmediata? A los colonos.

hebrón no tiene nombre

Otra ciudad dividida, Hebrón. En el único puesto árabe abierto nos ofrecen alero para la lluvia y té hirviendo. Nos sentamos a escuchar a un musulmán autorizado a mostrar la parte vieja de esta ciudad administrada por Israel. Nuestro guía habla con acento y entre sorbos de té pero se hace difícil seguir lo que dice porque la estentórea recitación del Corán que proviene de la torre de la mezquita de Ibrahim o Abraham solapa su voz. También él pierde alguna vez el hilo: lo distrae el imperioso llamado de *Allah* por parlante. Se avecina el tiempo de la oración, dice, y apura las palabras en breves jaculatorias. Bajo la melodía de la convivencia pacífica que nuestro guía predica van surgiendo datos perturbadores. Hay cinco asentamientos en vías de unirse bajo el amparo del Ejército israelí. Y aunque hay apenas quinientos colonos entre doscientos cincuenta mil palestinos, estos tienen todo el poder. En el caso imaginario de que un colono y un palestino se lanzaran mutuamente una piedra, el colono respondería ante la ley civil mientras que el palestino sería juzgado como *terrorista*. El Ejército apresaría al palestino pero no al colono, porque al colono tendría que arrestarlo la policía y aquí no

hay policía. Solo hay Ejército. Solo soldados. Cuatro por cada colono: para protegerlos. Colonos y militares mandan en la zona vieja, y la tienen paralizada para los palestinos. Fíjense en el vacío de la ciudad, dice el guía. No hay nadie. No se los ve nunca, a los colonos, pero se imponen sobre nosotros. El guía se levanta de la silla para indicarnos lo que pronto vamos a verificar: que las calles son rutas estériles: están cerradas para los palestinos. Ir, para ellos, de una esquina a otra, puede implicar un desvío de doce kilómetros y de horas de detenciones arbitrarias. Vacío quedó también el mercado: antes callejuelas atestadas de gente, ahora callejones desiertos, una sucesión de puestos tapiados y asegurados con cadenas. Para prevenir ataques, advierte el guía y luego agrega, con solemnidad: eso es lo que dicen los israelíes. Nos levantamos de las sillas, dejamos los vasos ya sin té. Dejamos atrás al guía y empiezan las comprobaciones. Subimos por la ladera que usan los veinticinco palestinos que todavía viven aquí. A falta de permiso para andar por las calles y porque las entradas de sus casas han sido clausuradas, deben transitar por los techos o treparse por las ventanas de atrás para entrar a sus hogares. Arriba, por la gravilla resbaladiza y escalones rotos, seguimos nosotros el camino. Abajo va quedando la calle pavimentada y abierta a los colonos. La voz de *Allah* ya no se oye cuando llegamos al cementerio ahora atravesado por un trazado de tierra. Por el cierre de las calles y el aumento de los controles, esos escasos palestinos están obligados a atravesar el camposanto. Cortarlo en dos, caminar sobre sus muertos: una enorme falta de respeto para los musulmanes, según explica

Alan. Una forma de profanación, añade Anne. Y es por esta parte del sendero que se hacen visibles púas, banderas, cámaras. Alan nos indica que allá, en el búnker que corona el asentamiento Tel Rumeida, vive el colono más extremo, uno que en su auto lleva un cartel concitando el odio e incitando a la violencia: «Yo maté a un árabe, ¿y tú?». Esta es también la zona donde se despliegan las pintadas que pronto nos señalan. Pintadas legibles para nosotros, los pseudo turistas, que compartimos el inglés como lengua franca. En los territorios ocupados, dice Anne, esa lengua extranjera es lo único que todos, nosotros y ellos, tenemos en común. Nos detenemos ante uno, y yo leo, perpleja como todos, la línea anotada por sobrevivientes-del-holocausto o por sus hijos o sus nietos: «Árabes a las cámaras de gas».

despertar

Es por la parte palestina de Hebrón que nos pasarán a buscar. Mientras esperamos la camioneta se larga de nuevo a llover. Me arrimo al paraguas de Alan. A esta distancia es difícil no distraerse con el largo asombroso de sus pestañas rubias, con sus ojos brillosos. Aprovecho esa cercanía para preguntarle por qué está aquí, cómo llegó a esto. Abre los ojos aún más grandes y me dice, con resignación, que él, antes, fue sionista. Sionista, repito mentalmente y luego en voz alta. Sionista. ¿Qué clase de sionista?, le digo sin salir de mi asombro. Sionista de esos que quieren expulsar a todos los palestinos de

sus tierras, de los que creen que Dios les ha otorgado derecho exclusivo sobre ellas. Nos quedamos en silencio mirando las gotas finas como alfileres hundiéndose en los charcos. Alan sonríe algo incómodo y enciende un cigarrillo. Fui educado de esa manera, en Chicago, y desde lejos esas convicciones eran fáciles. Pero vine a Israel, y vi lo que estaba pasando, y entonces desperté.

el novio disidente

Comparto el asiento con Una, que ha venido a este tour tan sola como yo. Una llegó hace un año para enseñar inglés y se quedó porque Israel le ofrece oportunidades que no tuvo en Estados Unidos. Oportunidades, dice, y sonriendo incómoda agrega: ansiedades y ocupación. Hay situaciones de injusticia en todos los lugares del mundo, dice, como si yo estuviera pidiéndole explicaciones. Aquí, por lo menos, se habla de eso siempre. No hay forma de abstraerse. Y la situación te obliga a definir posiciones. Y cuál es la tuya, pregunto, por preguntarle algo a Una. Es mejor evitar suponer posiciones ajenas. Pero Una no tiene una posición aséptica ni del todo propia; sufre, alega, una suerte de contagio ideológico. Es su novio el que nació aquí. Su novio el renegado del servicio militar. Una no está segura: el activista es el novio, no ella. Una dilucida la posición del novio. Él podía haberse inventado alguna excusa, algún impedimento físico, dice Una, podría haber alegado estar mal de la cabeza. Es lo que los renegados suelen hacer para

evitar el servicio, pero no él. Se negó al servicio arguyendo que no *podía* hacerlo. No dijo: no quiero, sino: no puedo. Un objetor de conciencia, pienso, reduciendo su larga explicación a una categoría, mientras Una agrega que el tiempo que él debía estar en el Ejército se lo pasó en los tribunales defendiendo su desobediencia. En la universidad armó una coalición con árabes que terminaron siendo sus mejores amigos; cuando yo lo conocí, sigue Una, él estaba tan involucrado que no había espacio en su vida para nada más. Incluso emocionalmente. ¿Por remordimiento?, pregunto, pero mi pregunta a Una suena acusatoria. Mucho, mucho remordimiento, dice ella, pensativa, y se queda un momento mirando el paisaje empañado, la opaca ventana que luego procede a limpiar con el borde de su manga. Para él era muy difícil lidiar con esta situación de injusticia, dice después, insistiendo siempre en el tiempo del pasado. Y él no me lo dice, sigue Una pasando al presente, pero sabe que solo yéndose de aquí podría recuperar una parte de sí mismo. Porque, continúa ella, pensando en él, prisionera ella de una trama prestada que se ha vuelto propia, ¿qué pasa si quieres dejar de estar todo el tiempo en lo político?, ¿si quieres hacer otras cosas, simplemente vivir un poco, simplemente tener una vida?

llave en gira

La llave anda de gira por el mundo. Es la llave de una puerta, de una casa, de una aldea, de una ciudad, de toda

una gente. Una llave enorme para la que no existe cerradura. Es el símbolo del derecho al regreso, anuncia Anne junto al cartel desprovisto de su objeto en la plaza del campamento Aida. Mucha de la gente que se vio forzada a partir en la *nakba* todavía tiene la llave original de sus casas así como tantos judíos expulsados de España en 1492, que era también el año 5252, guardaron las suyas para no olvidar que había una casa, una aldea, una ciudad, un aire suyo que también les fue arrebatado. Una manera de hablar la lengua antes de partir. La expulsión de España primero y Europa después acabó infligiéndose en los palestinos. Todavía guardan llaves oxidadas. Aunque la casa y la puerta y la cerradura hayan desaparecido. Aunque la propiedad del suelo les haya sido cancelada. Pero de la enorme llave plateada que es símbolo de la diáspora palestina solo queda el gancho que la sostenía, y el cartel. Nadie sabe decirnos cuándo regresará a su entorno de concreto y techos de zinc, junto a los murales pintados por Banksy y otros grafiteros de fama internacional. Cuándo regresará a estas calles ahora lúgubres. No en esta tarde que gotea, no en esta noche que nos cae lentamente encima mientras brilla, la llave, por su ausencia.

tirar y aflojar

Demasiado oscuro y demasiados charcos y demasiado lejos a esta hora para regresar caminando de la estación a Jaffa. No hay buses y cuando digo Yafo los taxistas se

me alejan. Es viernes y los viernes ellos no se animan a acarrear a una sola pasajera. Mejor sumar gente, pasar de taxi a colectivo. Esperamos a otros viajeros con el motor andando pero nadie quiere venir conmigo. El hombre-de-la-kipá acepta por fin llevarme aunque sea sola. De todos modos ya se iba, dice, es viernes, quiere llegar a comer con su familia. En la luz roja me pregunta qué hago yo en Yafo y qué me parece. Me gusta mucho Yafo, contesto, aunque la palabra que modulo por dentro es Jaffa. He regresado de Hebrón infectada por el mal de la disputa, tentada a tirar de esa vocal para evitar que se aflojen mis convicciones en la cordialidad de un intercambio con el taxista. Él dice, como hablándose a sí mismo, que no le entusiasma venir a Yafo. A ninguno de los taxis; no nos gustan los árabes, dice, sombrío, asombrosamente franco, y a los árabes no les gustan los judíos. Tiro y aflojo la cuerda de las letras sintiendo que en ese instante, oyéndolo sincerarse, me lleno de acritud. Mis palabras salen con hastío. No se gustarán pero no les queda más opción que convivir porque nadie se va a ir de aquí. Convivir o terminar de matarse los unos a los otros. Llenarse las manos de sangre. Aflojo y me callo. El hombre-de-la-kipá-negra no dice nada, ni siquiera parece respirar ahora y una vena late con tanta fuerza en mi cuello que por un momento pienso que voy a ahogarme. Y es quizás por esa vena o la falta de aire o la oscuridad y el cansancio que dejo de reconocer las calles. No sé dónde estoy. No sé si este hombre me está dando la vuelta y no sé por qué no tengo miedo. Acaso porque él sabe que no soy de aquí y yo sé que la

extranjería me ampara. Acaso porque por más que no le gusten los árabes él no es un colono ni es un militar. Acaso porque estamos en la capital israelí y no en la tierra sin ley de la ocupación. No es miedo lo que siento pero tampoco entiendo qué debería sentir en esta oscuridad. Me animo a preguntar, parcamente, dónde estamos. ¿No dijo que le gustaba Yafo de noche? ¿No pidió que la trajera a Yafo? ¡Estamos en Yafo! En Jaffa, me digo, agarrándome de esa cuerda y tirando de nuevo con fuerza. En Jaffa, pero me contengo para no enrostrarle esta palabra a este hombre que en este momento se da vuelta y me ve la cara y me lanza una orden. *Smile!*, me dice, como si la edad le diera derecho a decirme qué debo hacer. *Smile. Here. Your house in Yafo.* Detiene el auto frente al número de Ankar y me cobra cincuenta shekels. Cincuenta porque me trajo a mí sola y porque se alejó tres cuerdas de alguna frontera de barrio que desconozco. El precio es treinta, le recuerdo, no cincuenta. Usted dijo treinta y eso es lo que le voy a pagar. Eso le digo abriendo la cartera en busca de los shekels. Ahora a él se le borra la sonrisa. Le extiendo la plata pero él la rechaza. Que me baje, dice. Que no le pague nada y me baje de inmediato. Mire, le hablo sin perder la voz. Quedamos en treinta, y yo tengo esos treinta para dárselos. Usted decide. Tengo la mano estirada, los billetes entre los dedos, a su alcance. El taxista los toma y ya no dice nada. Cierro la puerta y me asomo a la ventana del copiloto para decirle que cambie la cara, que sonría.

vecinos judíos

Esa noche la puerta está abierta. La sala a oscuras y en silencio. Me tiendo en el sillón sin sacarme la ropa y cierro los ojos pero estoy tan cansada y tan agitada y tan conmovida que no puedo dormir. No quiero dormir. Se acaba el tiempo. Mañana llenaré mi minúscula maleta de vidas que ahora me pesan pero que no puedo dejar atrás. Mañana o pasado regresaré a la tranquilidad de mi sillón a escribir sobre la intranquilidad de Palestina. Sobre la calma de mi incompleta historia familiar. Sobre la serenidad de mi edificio rodeado de judíos ortodoxos —con cachirulos los hombres, con pelucas y largos vestidos negros las mujeres—, sobre la aprensión que me provoca la concurrida sinagoga de mi esquina vigilada por policías neoyorquinos. Mi calle cada vez más poblada por esa comunidad que se ha ido multiplicando a mi alrededor, la universidad judía a unas cuardas, la escuelita hebrea que bordeo cada mañana rumbo al metro, los ruidosos niños-de-la-kipá que aprenderán inglés y hebreo y quién sabe si otras lenguas y los vecinos judíos que conozco hace años y a los que les he oído algunos trozos de sus pasados. Con los ojos cerrados pienso en la vieja Aviva que está por morir mientras la recuerdo: ella logró salvar la vida junto a sus padres en un campo de concentración. Antes de perder, hace poco, la cabeza, me confesó que prefería no ir a visitar a su nuera. Demasiados hijos. Demasiadas reglas religiosas que ella, Aviva, se negaba a obedecer. Me pongo peluca porque no me queda pelo, dijo la última

vez que se asomó a mi departamento, y sonrió con alevosía. Pienso también en la vieja Moriah, en la esquina opuesta del pasillo: aún más vieja pero todavía en pie: ella desciende de rusos escapados de los pogromos. Moriah nunca siguió ningún protocolo y es radicalmente liberal. No solo en lo político. Moriah se casó cuatro veces, la última eligió a un negro. Ella lo dice así: soy viuda de un negro que no llegó a ser el amor de mi vida. Y se ríe con todo el cuerpo, su melena rojiza vibrando en cada carcajada. Moriah es quien nos guarda el correo y nos recoge los paquetes cuando no estamos y nos deja sobre el limpiapiés las revistas literarias a las que está suscrita cuando termina de leerlas. Mi memoria de mañana se mueve ahora hacia la puerta del rabino contrario a la existencia de Israel porque lee literalmente la Torá, y la escritura sagrada ordena que Israel solo podrá existir cuando regrese el Mesías. Israel, para este vecino, constituye un anacronismo y una herejía. (Alguna vez mi padre se detuvo ante las calcomanías que había pegado en su puerta. Calcomanías contra el Estado israelí. Me las leyó en voz alta, asombrado, mi padre. Quién es este personaje, preguntó. Uno que no me mira porque mi pelo suelto es ofensivo a Dios, le dije, y lo empujé por el pasillo sin darle más explicaciones.) Cuando nos topamos en el ascensor el rabino no me contesta el saludo, se hunde sutilmente en su esquina y bajo su sombrero negro por si yo estuviera menstruando. Otra vez mañana antes de emprender el regreso pensaré en este hombre que aparece tan de tarde en tarde, vestido de riguroso negro, con el correo acumulado bajo el

brazo y grandes maletas que deja abiertas por días en el pasillo comunitario, y me preguntaré qué piensa de la situación palestina, me preguntaré si el rabino se habrá fijado en mi apellido, si sospechará de dónde viene mi Meruane inventado, si reconocerá la sombra semita en mis ojeras.

volverse

Zima le canta a sus hijos cada noche para dormirlos. Es un murmullo encantador del que ellos no pueden prescindir. Un murmullo en árabe, porque esa es la lengua en que ella le habla siempre a sus hijos. Qué es lo que les cantas, pregunto, tarareando suavemente su melodía. Versículos del Corán, contesta Zima, para que se relajen y se duerman, aunque a veces la que se duerme soy yo. Ella sonríe antes de partir a su dormitorio. A las diez de esta última noche lo que hay en esta casa es una familia árabe dormida, y silencio. Ankar, que sufre de insomnio, aparece sigiloso cerrando una puerta y me invita con un gesto. A dar una vuelta de despedida por la noche para terminar este viaje como empezó. En la oscuridad. En el puerto desolado. Repasando las contradicciones. Dejamos atrás el quiosco del barrio mientras Ankar me dice que ha decidido quedarse aquí para no perderla: Zima no podría vivir en ningún otro lugar. Brindaremos por ella y por la decisión de él, Ankar y yo oprimidos por la soledad de ese bar de domingo en ese barrio musulmán. Es una decisión política, también, la de

quedarse, le digo casi sin decirlo, casi sin aliento. Mirando mi copa vacía le murmuro: Yo no sé si he vuelto. No sé si nunca pueda. Ankar levanta su copa, me mira a través del cristal con ojos que arrullan, y como tarareando un versículo indescifrable contesta, muy despacio, disintiendo con la cabeza: No digas nunca que no vuelves, Meruane, que sí vuelves. Vuelves pronto.

NUEVA YORK. 2013

Versiones abreviadas de esta crónica se fueron publicando en distintos medios. Mientras escribía una de esas versiones llamé a Jaser. En los últimos meses había marcado alguna vez su teléfono para pedirle que me llevara al aeropuerto y para tratar con él cuestiones palestinas. Pero entonces atendió una voz que no era suya. Dijo, esa voz, que el número no correspondía a ningún Jaser. Recordé el mandato proferido por el taxista. Me pregunté si habría decidido regresar.